

BOLSILIBROS BRUCUERA
**PUNTO
ROJO**

las tinieblas tienen ojos

CURTIS GARLAND



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



CURTIS GARLAND

**LAS TINIEBLAS
TIENEN OJOS**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 530
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: 16.868 - 1972

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: junio, 1972

© CURTIS GARLAND - 1972

texto

© MIGUEL GARCIA - 1972

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.139 - Crimen en primera persona.

En Colección **PUNTO ROJO:**

521 - Pasos en mi pesadilla.

CAPÍTULO PRIMERO

Era domingo.

Nunca podré olvidar que era domingo, por muchos años que viva. Aquel domingo resulta tan imborrable para mí, como si de él hubiera dependido todo. Y, en realidad, creo que así fue.

Aquel domingo comenzó todo.

Al menos, para mí. Ya había comenzado, pero yo no podía saberlo. Ese día festivo tuve noción precisa y exacta de lo que sucedía. Y, lo que era peor, de lo que iba a suceder. De lo que iba a sucederme *a mí*.

Aquel domingo, supe que iba a morir.

Todos hemos de morir, ciertamente. No era ninguna novedad en su fondo, pero sí en su forma. Sí en su momento y circunstancia. Yo no esperaba morir entonces. No quería morir entonces, a pesar de todo.

Sin embargo... alguien había decidido otra cosa sobre mí.

La primera noticia, fue aquella frase horrenda. Aquella frase terrible, despiadada, insólita por completo:

—Tiene que morir. Lester tiene que morir.

Hubo luego un profundo silencio. Y la voz completó con frialdad:

—Es obvio que goza de excelente salud. De modo que no hay otra forma de que muera que la prevista.

Otro silencio. Además de la voz, había otra presencia humana. Un leve jadeo, una respiración entrecortada, fue todo lo que respondió a la malévola sugerencia.

Luego, la voz remachó:

—Hay que asesinar a Lester. No queda otro remedio.

Yo lo sospechaba ya desde un momento antes. Había comprendido lo que querían dar a entender con aquellas palabras. Ahora ya no eran sospechas ni celos. Era convicción total.

Rotunda.

Lester tenía que morir. Asesinado.

Y Lester, era yo.

Lester Grant. Ése es mi nombre.

Veintiocho años. Es mi edad. Mido unos seis pies de estatura y peso ciento setenta libras. Cabellos algo rubios, aspecto deportivo. Así soy yo. Me gusta vestir tonos claros. Y me gusta usar gafas de sol, de vidrios oscuros, con montura de metal plateado.

Lester Grant no parecía tener enemigos. Y, sin embargo...

Sin embargo, tenía enemigos. Allí mismo; dentro de la casa. Dentro de mi casa.

Si alguna vez lo sospeché antes de entonces, aquel domingo tuve la dolorosa y evidente seguridad de ello.

Me detuve junto al cenador del jardín. No me moví, por miedo a hacer crujir las ramitas o la hojarasca otoñal. El sol aún era tibio y calentaba, pero estábamos ya en los últimos días de setiembre, y las frondas del jardín empezaban a amarillear y caer.

Las voces habían sonado allí dentro: en el cenador. Yo estaba junto a él, en el sendero de arenilla que conducía a mi cobertizo predilecto, donde me pasaba horas enteras distraído con cualquier cosa.

Eso sucedía desde el accidente. Mi convalecencia había sido larga. Y después, las cosas no cambiaron mucho para mí. El accidente era ya un simple recuerdo lejano. Demasiado lejano, incluso. A veces, dos años son mucho tiempo.

Había creído que sería posible disfrutar en paz de mi dinero, de mi posición. Y he ahí que, de repente... alguien quería matarme.

Alguien de mi propia casa. Yo no sabía quién todavía. Me precio de conocer bien el sonido de una voz, pero por alguna curiosa razón, en aquel momento, la voz que hablaba de mi muerte, de mi asesinato, me resultaba desconocida, aunque había en ella algo levemente familiar, algo que podía ser identificable, pero que se me escapaba por completo.

Tal vez estaba fingiendo, alterando su voz. No supe por qué. No en aquel momento, claro.

Dentro del cenador, otra voz habló, pero lo hizo en voz baja, en un murmullo apenas audible. No capté sus palabras, y mucho menos su timbre. Acercarme más, hubiera sido quizá peligroso. Bajo

mis zapatos, sentía el leve crujido de las hojas secas. Y eso que apenas si me movía o apoyaba los pies.

El interlocutor que hablara primero, el del timbre de voz más sonoro y nítido, volvió a expresarse en su línea estremecedora y siniestra, que contrastaba con la naturalidad dada a sus palabras:

—No va a ser difícil. Se puede fingir un accidente. Nadie sospechará nada.

La otra voz murmuró algo. Hubiera dado media vida por percibir lo que decía, por saber quién podía ser. Aunque a juzgar por su conversación, toda mi vida entera valía ahora bien poco.

De nuevo aquella voz de antes, prosiguió, con helada calma:

—No se deben cometer errores. La muerte de Lester será esta semana. Definitivamente. Y sin que nadie sospeche la existencia de un homicidio.

Me estremecí. Esta semana... Un accidente fingido... Nadie sospecharía que fuese un asesinato...

Dios mío, pero ¿por qué? ¿Por qué?

Era enloquecedor, demoníaco. Yo no había hecho daño a nadie, no estorbaba a nadie... ¿O, tal vez, sí?

Por primera vez en mi vida recordé algo a lo que jamás di excesiva importancia. Yo... yo era un hombre rico. Yo, Lester Grant, poseía fortuna propia. Podía permitirme el lujo de vivir de mis rentas, con un firme capital, con inversiones financieras e industriales...

¿Era eso? ¿Podía ser eso?

Y debajo de mi techo... En mi propia casa, estaba la gente de quien yo no podía sospechar cosa alguna tan monstruosa. Mi esposa, mi sobrina, mi primo, mi médico particular, mi servidumbre, mi secretario, mi enfermera...

Ellos... y Chad. Un amigo. Mi mejor amigo, Chad Donovan. Él estaba descartado. Llevaba allí solamente tres días. ¿Por qué iba a querer él... asesinarme?

Aquella voz, ciertamente, era de un hombre. O lo parecía. Yo no podía comprobarlo en modo alguno. Bastante tenía con permanecer allí quieto, pegado al muro posterior del cenador, en el sendero de arenilla, sin que ellos advirtieran mi presencia...

Nadie de la casa podía ser capaz de semejante complot. Nadie podía odiarme tanto, desearme la muerte. Ni por sentimientos

personales, ni por dinero. Cielos, no. Eso sería... demasiado horrible.

—Ultimaremos detalles mañana —oí decir a la voz—. En lugar y hora a convenir. Nadie debe sorprendernos ni recelar cosa alguna. Y Lester, menos que nadie. Ambos nos comportaremos con él como cada día. Afectuosa y cordialmente. Eso es todo. Vamos ya.

Me hice levemente atrás, temiendo lo peor. Me sentí inmerso en la zona de sombra de los árboles del sendero. El tibio sol dejó de acariciar mi piel, mi rostro. Oí pasos, rumor de calzado en los escalones de piedra del cenador. No me moví, no respiré siquiera.

Por un instante, temí que dieran la vuelta al recinto circular, erguido en medio del amplio jardín, y me descubrieran allí, cara a cara. Eso significaría mi muerte inmediata. Claro que me asesinarían. Sin esperar a más.

Por fortuna, no tomaron el camino del cobertizo. Siguieron hacia la casa. O tal vez hacia el estanque, no podía saberlo. El cenador se interpuso entre ellos y yo, y el crujido de hojas secas se fue alejando paulatinamente.

Me enjuagué el sudor. Me apoyé en el muro, con un resoplido. Sentí que, pese al sol tibio de la tarde, mis piernas y brazos temblaban, y tenía frío el rostro.

—¡Dios mío...! —musité entre dientes—. ¿Por qué...? ¿Quién...?

Algo había seguro; eran personas de mi confianza, personas que acostumbraban a tratarme afectuosa, cordialmente...

¿Maisie, mi esposa? ¿Jennie, mi sobrina? ¿Mi primo Warren? ¿El doctor Markham? ¿El jardinero Dykers, la cocinera Kate, el mayordomo Mallory? ¿Mi propio secretario y hombre de confianza, McCain? ¿Mi enfermera, Linda Hixman? ¿O Chad Donovan? ¿O mi socio Marty Ritter, que vivía en Nueva York y venía con frecuencia a vernos a casa?

Era para enloquecer. Cualquiera de ellos podía ser un asesino. Cualquiera de ellos, había podido estar en el cenador, hablando tranquilamente de mi muerte inmediata.

Avancé por el sendero, vacilante. Sentía frío. El sol no calentaba ya. Se había nublado. El aire me azotó el rostro, enfriando más aún mi piel. Aire húmedo, algo fresco. Iba a llover. Y no tardando mucho. La tarde otoñal tenía a veces esos bruscos cambios. Primero, un sol dorado y apacible. Luego, de súbito, nubes. Y lluvia.

Lluvia...

Ya estaba allí. Batió con fuerza el jardín, repiqueteando en la hojarasca y en los parterres. Azotó mi rostro, mis cabellos, con su caricia brusca y fría. Apresuré el paso. Tropecé en unas ramas, y caí de rodillas en el sendero. No me hubiera ocurrido en cualquier otra ocasión.

Aquella tarde, sí. Estaba alterado, nervioso, trémulo. Me sentía indefenso. Terriblemente indefenso contra la amenaza oscura y siniestra de un par de asesinos emboscados en mi propia casa, entre mi familia, mis amigos, mis colaboradores, mi gente...

Creo que por vez primera sentí miedo.

Un miedo terrible, instintivo, que jamás había sentido antes, cuando el accidente, dos años atrás...

Miedo a lo que me rodeaba. Miedo a aquella amenaza latente y oscura.

Si hubiera sucedido antes, *antes* de mi accidente... Pero ahora... ¡Dios mío, ahora todo era tan diferente...!

Me incorporé. La lluvia arreciaba por momentos. Ya era torrencial. Corrí hacia la casa, y volví a tropezar. Intenté incorporarme, y el frío contacto de unas manos, sujetando mis brazos, heló la sangre en mis venas.

—Oh, señor Grant, ¿usted aquí, bajo esta lluvia? Le imaginaba en el cobertizo, o en casa, descansando. Vamos, vamos, le llevaré a casa... Un aguacero se nos viene encima.

—Linda... —susurré, no sé si asustado o agradecido—. Es usted...

—Claro. Siempre tengo que andar detrás suyo, señor Grant... — Su risa suave me resultó confortante. Pero recordé enseguida aquellas terribles palabras en el cenador: «... Nos comportaremos con él como cada día. Afectuosa, cordialmente...»—. Es usted peor que un niño travieso. ¿Qué puede andar haciendo por el jardín, en su estado, y bajo esa lluvia...?

Mi estado...

Sí. Linda Hixman, mi enfermera, tenía razón. ¿Qué puede andar haciendo un hombre como yo bajo la lluvia?

—Está en lo cierto —dije amargamente—. ¿Qué mil diablos puede hacer un hombre como yo en ninguna parte? ¿Para qué sirve un hombre «ciego», señorita Hixman?

CAPÍTULO II

«Ciego...».

Sí, ¿qué puede hacer un ciego en ninguna parte?

Ni siquiera puede valerse por sí mismo. Ni puede ver los rostros de unas personas que están planeando su propia muerte...

Ciego... Y yo, Lester Grant... yo estaba ciego. Hacía dos años de ello. Desde el maldito accidente de automóvil.

Uno, cuando carece del sentido de la visión, tiene sólo conciencia de ciertas cosas: el calor del sol, la humedad de la lluvia, el frío, las voces, los sonidos. Y la intuición. Sobre todo, la intuición.

Creo que una persona ciega no sería nada ni nadie, si no existiera la intuición, el instinto. Uno, a veces, presiente o adivina las cosas, pero eso es todo. Vivir en la sombra no es agradable. Sobre todo, cuando se sabe qué es la luz, qué son los colores...

Sobre todo, cuando se sabe lo que es «ver...» y no se ve...

Me gustaría olvidar todo ello. Pero no es fácil. No lo es, cuando uno solo tiene por compañeros las tinieblas y la oscuridad. Cuando alrededor de uno, solamente hay roces, palabras y sonidos familiares, sin forma ni color, sin otro matiz que el puramente fonético.

Y uno, de repente, sabe algo.

Uno, de pronto, sabe que entre esas cosas familiares, cotidianas y casi entrañables que le rodean, existe una contaminada, venenosa, cruel y perversa: uno descubre que algo o alguien no funciona como debiera.

Uno averigua que intentan matarle.

Y no sabe quién. Ni por qué.

Pero sabe justamente eso: que las tinieblas acechan. Que unos ojos desconocidos, ignorados, le vigilan a uno. Que son los ojos de un asesino. Y que el crimen llegará en cualquier momento.

El crimen del que uno mismo será la víctima...

El crimen...

Me froté las sienes. Empezaba a ser una obsesión. Como la lluvia torrencial afuera. Como el tamborileo del agua en los vidrios, en los tejados de pizarra, en los parterres del amplio jardín...

—¿Qué te ocurre, Lester?

Giré la cabeza. Como si le mirase, aunque no podía verle. No me era difícil, sin embargo, intuir su presencia, su posición en la sala.

—Nada —dije, evasivo.

—Mientes. Te pasa algo, Lester.

—No, no. Es... es el tiempo, Maisie. No me gusta la lluvia.

Maisie, mi esposa, se mantuvo un momento callada. Me hubiera gustado ver su gesto, el modo de mirarme. Porque yo «sabía» que me miraba en ese momento. Pero era imposible verlo. Era simple intuición.

—Ya sé que no te gusta la lluvia —le oí susurrar—. Tampoco a mí, Lester.

—Es diferente. Tú, al menos, puedes ver caer el agua...

—Oh, Lester, creí que esa etapa estaba superada. ¿Vuelves con tus manías de antes, quizá?

—Solamente pensaba. En la lluvia... En los cristales que parecen llorar...

—Siempre tuviste algo de poeta —musitó ella.

—Poeta de la sombra —reí, cínico. Me retrepé en mi asiento, notando casi como la lluvia batía mi cráneo, repercutiendo dentro de mi cerebro.

—Lester, a veces te vuelves insoportable —me censuró ella.

—Supongo que sí. ¿Qué esperabas de un hombre ciego?

—Oh, por Dios... —Se sentó a mi lado, sentí el roce de sus dedos apretando los míos, la proximidad cálida de su cuerpo. Su aliento rozó mi rostro—. ¿Vuelves a las andadas? Creí que todo eso quedaba atrás, que volvías a ser tú mismo... a pesar de todo.

—Lo siento —me disculpé—. No puedo. Lo intento... pero no puedo.

—Todo eso es un disparate —se quejó ella—. Dijiste que habías superado tus complejos, tus amarguras...

—Maisie, a veces tengo presentimientos —dije ahogadamente.

—¿Presentimientos? —repitió ella, perpleja.

—Sí. Cosas raras. Por ejemplo... pienso que voy a morir.

—Lester, ¿qué tontería es ésta?

—Voy a morir... «pronto». Muy pronto, Maisie.

—No sabes lo que dices. ¿De dónde sacaste eso?

—De ninguna parte. Sencillamente, lo pensé. Y creo que puede ser cierto. La vida de un hombre vale poco muchas veces. De repente, llega la muerte. Una muerte que puede ser súbita, violenta...

—¿Violenta? ¿Por qué había de ser violenta para ti, Lester? Ya pudiste morir violentamente una vez, cuando el accidente. Y tuviste suerte. Salvaste tu vida entonces. Ahora, no tiene sentido preocuparse por ello. Quedó atrás. Estás descansando, viviendo en paz, entre los tuyos...

—Viviendo en paz... —repetí, amargo—. ¿Crees que esto es vivir, Maisie?

—Lester, nunca hablaste así hasta ahora, desde que sufriste el accidente... Aceptaste tu destino. Cuando el doctor Markham dijo que no había solución para tus ojos, cuando el especialista de Nueva York confirmó ese diagnóstico sobre tus lesiones oculares... tu esperanza terminó. E incluso te mostraste risueño, como aceptando tu mala fortuna alegremente. Recuerdo que hiciste broma con ello...

—He cambiado —repliqué, seco—. Tal vez todo este tiempo en sombras, sin ver luz, ni formas, ni cosa alguna alrededor mío, en esta terrible soledad...

—Tal vez haya sido eso —oprimió mi mano con calor—. Debes calmarte, serenar tus ánimos, querido...

—A veces, resulta difícil seguir esos consejos, Maisie. Pero lo intentaré.

Sonó la campanilla en alguna parte de la casa. Llamaban. Maisie se disculpó con unas palabras, soltó mi mano y se alejó. Me quedé solo en la biblioteca. Mi biblioteca.

Donde había libros cuidadosamente elegidos por mí mismo. Libros que ya nunca leería...

Agucé el oído. Tenía curiosidad por saber qué visita teníamos en la finca. No tardé mucho en descubrirlo. La voz de mi socio, Marty Ritter, era inconfundible.

—¡Hola, Lester, muchacho! —le oí vocear, ya en la entrada de la

biblioteca—. ¿Cómo van las cosas por aquí?

—Bien —respondí—. Supongo que bien, Marty...

—¿Lo supones solamente? —Oí su estentórea carcajada—. Oh, no sabes bien... El negocio de la editorial marcha viento en popa, con estupendos beneficios, la inversión en esos documentales para televisión va a ser un éxito... Te felicito, Lester. Donde pones tú el pie, parece que brota dinero. Tienes suerte, amigo. Mucha suerte en todo lo que tocas...

—Suerte... —repetí, con ironía—. Mucha suerte... ¿Tú crees, Marty?

—Bueno... —Mi socio pareció cohibido; estaba seguro de que cambiaba una mirada de duda y de incertidumbre en ese momento, con mi esposa Maisie—. Yo quise decir que los negocios...

—Ya —dije, sarcástico—. Los negocios... Sí, eso sí, no hay duda. Nací para ellos. Todo sale bien. Cambiaría toda mi fortuna en ellos, por la sola visión de un ojo. Un solo ojo, Marty, ¿entiendes?

—Claro —tragó saliva—. Claro que entiendo... Lamento no poder... ayudarte en eso, Lester, amigo mío...

—¡Ayuda! —repetí—. Me pregunto si alguien quiere, realmente, ayudarme...

Alrededor mío se hizo un silencio. Fue Maisie quien habló como dolida:

—Cariño, no te entiendo...

—No, yo tampoco, Maisie —admitió mi socio, Marty Ritter—. ¿Te pasa algo especial, Lester?

—No —negué—. ¿Tiene que pasarme algo necesariamente?

—Supongo que no, pero... llegué a pensarlo. No eres el mismo de cada día.

Hubiera podido responderle a eso cumplidamente. Pero no podía correr riesgos. No podía hacer nada de nada. Ni siquiera sabía si fueron él o Maisie quienes planearon mi muerte en el cenador. O ambos a la vez.

Dicen que los ciegos suelen ser malintencionados y astutos. Intenté serlo yo también. No tenía otro remedio, a fin de cuentas.

—Creo que deberías acostarte, Lester —me dijo Maisie de repente. Sentí el suave y cálido roce de su mano en mis cabellos—. Tal vez un poco de descanso, estando el día cómo está, te ayude a serenar los nervios...

—Sí, tal vez —admití, perezoso—. Tal vez...

Y me dejé llevar dócilmente al lecho. Maisie me administró un calmante, y pensé si sería un veneno o un narcótico para que alguien llevara a cabo sus siniestros propósitos. Pero estaba demasiado cansado para oponerme o protestar. Sólo quería descansar, dormir. Dormir, aunque nunca despertase. Aunque fuese el último y largo sueño...

Y dormí.

Pero no era el último sueño. Desperté.

Aunque al despertar, supiera que la muerte estaba cerca. Muy cerca de mí, rozándome con sus invisibles y heladas manos...

La Muerte.

Estaba seguro. La tenía allí. Muy cerca. Y ni siquiera sabía cómo, dónde, en qué forma. Pero estaba. Y eso era lo importante. Lo importante para mí, claro. Lo importante, también, para el asesino. Para el que quería verme muerto...

Algo me había despertado. Hubiera querido saber el qué. Ese «algo» estaba allí; muy cerca de mí. Podía percibirlo en la sombra. En la sombra de mi alcoba sin luz, en la sombra de mis ojos sin claridad. En la sombra de mi propia existencia.

Me mantuve quieto, rígido, medio erguido en mi lecho. Sin respirar siquiera. Por eso percibí «la otra» respiración. Aquel jadeo ronco, apagado, vecino a mí. Siniestro, estremecedor, como puede serlo el sonido sibilante de un reptil o el roce susurrante de una alimaña venenosa, aproximándose a uno implacablemente.

Había alguien. Alguien en la habitación. Alguien conmigo. Alguien que no quería ser oído ni advertido. Y bien cierto era que no lo hubiera sido, de encontrarse cerca de un hombre normal, cuyos sentidos corporales fuesen vulgares y corrientes. Yo era diferente. Yo era un hombre a quien le faltaba uno de esos sentidos. El más importante de todos, tal vez. Automáticamente, la naturaleza humana trataba de compensar esa carencia, agudizando los demás. El resultado era que yo podía oír mejor que otro cualquiera. Y presentir, intuir la proximidad de alguien...

Angustiado, me pregunté qué podría hacer. Ni siquiera podía demostrar en un gesto, en una tensión facial o física mi estado de angustia e incertidumbre, porque acaso él había encendido alguna luz, acaso me estaba proyectando encima la luminosidad de una

linterna, y me estaba contemplando a placer, sin que yo pudiera verle a él, ni sentir diferencia alguna entre la oscuridad de mi habitación durante mi sueño, y la claridad que ahora pudiese ayudar al intruso.

Hundí mi mano bajo la almohada. Extraje entre mis dedos, a cubierto por mi cuerpo, lo que allí había ocultado, apenas Maisie me acostó, tierna y afectuosamente. El único objeto que pude hallar cerca, y era capaz de defenderme, en caso de apuro: una estatuilla de bronce, estilizada y maciza, con un pesado pie del mismo metal. Acostumbraba a estar en la repisa de la chimenea de nuestra alcoba. Ahora, entre mis dedos, podía ser un arma defensiva, aunque bien pobre...

Esperé, sintiendo gradualmente la proximidad de aquel leve jadeo humano, inquietante y amenazador. Esperé... fingiendo que no esperaba, moviéndome en el lecho, como si fuera a dormir de nuevo, pero de cara a aquel rumor en movimiento; dando el rostro a quien se acercaba a mí. Procurando mostrarme inexpresivo, indiferente. Apretando casi con rabia el bronce de la estatuilla en mi mano, bajo las sábanas...

Un segundo, dos, tres... El roce de la respiración humana, del aliento contenido, alcanzó mi epidermis, en la frente. Sentí materialmente la inclinación de aquel ser sobre mí. Era espantoso saber todo eso, y no poderlo ver, no saber siquiera si era alguien que, furtivamente, acudía a visitarme, inofensivo. Aunque yo sabía que no. Y no hubiera podido decir por qué lo sabía. Era una de esas cosas instintivas que un invidente puede sentir con mayor nitidez que un ser normal.

De súbito, hubo un movimiento rápido, un roce de ropas seco y violento. Mi visitante alzaba su brazo sobre mí, lo dejaba caer velozmente, con brusquedad. Casi pude verlo, pese a la ausencia de luz y formas en mis ojos.

Actué, rápido.

Todo tenía que ser puro instinto, imaginación, orientación de ciego en la sombra. Mi brazo izquierdo se levantó rápido, mi mano zurda aferró una muñeca. Una voz ronca juró. Sentí contra mi pijama el roce puntiagudo de algo acerado, que esgrimía aquella mano. Forcejeó el agresor en mi oscuridad eterna. Yo exhalé un grito ronco, que repetí luego con mayor potencia:

—¡A mí, favor! ¡Venid, ayudadme! ¡Socorro, quieren asesinarme...!

Y al mismo tiempo, cuando observé que la mano zurda de mi enemigo aferraba mi cuello con energía, cerrando los dedos como una zarpa mortal en torno a mi garganta, disparé mi mano derecha, armada con la estatuilla.

Sentí el impacto en el hueso de un cráneo. Hubo un grito ronco, doloroso. Todas las fuerzas de mi adversario se diluyeron como azucarillo en agua. Me soltó, retrocedió, y yo salté del lecho, esgrimiendo mi modesta arma.

—¡Socorredme! —chillé, insistente—. ¡Hay un agresor en mi alcoba...!

Oí correr unos pies quizá descalzos, suavemente, sobre la espesa moqueta de mi dormitorio. La puerta chirrió, las pisadas se perdieron en el corredor, velozmente.

Jadeando, caminé por la habitación, me detuve al lado de la puerta, pensando que una situación desesperada se había salvado. Un asesino me visitó con intención de borrar me del mundo de los vivos.

El intento había fracasado, pero eso no me hizo sentirme demasiado optimista con respecto a mi futuro. Lo intentarían otra vez. Y entonces sería más difícil que fracasaran. Porque ellos sabrían entonces que yo conocía sus intenciones. Y el golpe resultaría más sorpresivo, más eficaz.

Sí. No me sentía nada feliz, pese a haberme salvado la vida, sólo con un rasguño en mi brazo, y el dolor de una zarpa humana en mi garganta...

Poco después, el ruido de pasos era más nutrido. Y se acercaban a la alcoba, en vez de huir de ella. La voz de Maisie sonó en las sombras de mi mundo:

—¡Lester, querido! ¿Qué es lo que sucede? Oímos tus gritos... ¿Qué ocurre? ¿Alguna pesadilla, alguna crisis nerviosa...?

—No, Maisie —suspíré—. Ha sido un ataque. Una agresión, Maisie...

—¿Una agresión? ¿Pero de quién? —Sonó, extrañada, la voz de Linda Hixman, mi enfermera.

—Me gustaría poderle responder a eso —dije, sarcástico—. No vi su rostro, ¿comprende?

—Comprendo, sí. Perdóneme...

—Pero eso... eso es absurdo, Lester —dijo Maisie, mi mujer—. ¿Cómo pudo ocurrir algo así, a menos que un ladrón entrase en la casa, sin nosotros advertirlo?

—Un ladrón... —repetí, sarcástico. Me encogí de hombros—. No, no creo que fuese eso, pero lo cierto es que me agredieron, intentaron clavarme algo, un cuchillo o navaja, no sé...

—Sí, lleva rasgado el pijama... —señaló otra voz, ahora la de mi primo Warren—. ¡Eh, y esa estatuilla, Lester! ¡Llevas una estatuilla... «manchada de sangre»!

—Sí... —Agité mi arma providencial—. Golpeé a esa persona, fuera quien fuese. Gracias a eso salvé la vida...

—¡Eh, mirad! —Sonó la voz aguda de Jennie Grant, mi sobrina—. ¡Mirad aquí! ¡Hay una ventana abierta, la que da al jardín en su parte posterior! ¡Y huellas de barro en el alféizar! ¡Debió entrar y salir por aquí el salteador!

El salteador... Apreté los labios con ira. No. Yo sabía que no era ningún extraño a la casa. Pero ¿cómo demostrar tal cosa, sin que la mayoría me tomase por loco?

Todos corrieron en la dirección señalada por la voz de Jennie. Naturalmente, debía de ser como ella decía. Los asesinos no cometían errores. Dejaban tras de sí una huella, una pista, indicando que el presunto agresor llegó del exterior.

Y lo malo de todo eso, era que lo conseguía. Que todos iban a creer en tal teoría. Todos menos yo, naturalmente. Pero ¿quién iba a preocuparse de un invidente, de un hombre sin luz en sus ojos, histérico a veces, nervioso casi siempre?

Dejé la estatuilla encima de una mesita, recordando que tenía manchas de sangre, por lo que observó mi primo Warren. Sangre del agresor misterioso. Alguien, en la casa, tendría una herida en la cabeza, quizá en la frente o en el cuero cabelludo. Si yo pudiera saber «quién»...

CAPÍTULO III

El teniente Vaughan era un buen amigo de la familia. Mío también. Y era, además, un buen policía y una excelente persona.

Fue llamado telefónicamente por Maisie. No tardó ni una hora en personarse en nuestra residencia de Jersey, frente al mar, procedente del Departamento de Policía de Jersey City.

Estrechó mi mano con su ruda cordialidad habitual, y casi sentí que mi mano, vigorosa y fuerte, sin embargo, se perdía en su formidable manaza, capaz de estrujarle a uno.

—Es un placer saludarle, Lester —me dijo—. Lo que lamento de veras es que sea por semejantes motivos.

—También yo, más que nadie tal vez, preferiría que la razón de su presencia aquí fuese muy otra, teniente —suspiré, sacudiendo la cabeza—. La experiencia no resultó nada agradable, puede creermelo.

—Le creo, Lester —su voz me pareció preocupada—. Nunca es agradable sentirse agredido en la noche. Y menos en su caso. Pero creo que se portó usted muy bien.

—Resultó providencial —musité—. Eso es todo. En mis circunstancias, cualquier éxito es como un milagro, teniente.

—Supongo que no podrá decirme nada sobre su agresor. Quiero decir que no advertiría su corpulencia en la lucha, ni su posible sexo...

—Debía ser un hombre, pero no estoy seguro. Era fuerte, pero tampoco demasiado.

—Quizá le sorprendió su resistencia, puesto que esperaba una víctima propiciatoria e inofensiva, si le conocía a usted. Creo que llegó a herirle con una estatuilla...

—Es cierto, teniente —corroboró mi mujer—. Lester se portó heroicamente, ésa es la verdad.

—Debo advertirles que, en lo sucesivo, vigilen bien la casa por la noche —habló el policía con tono grave—. Ese asaltante puede

ser peligroso.

—¿Peligroso? —indagó curiosamente la voz de mi primo Warren.

—Eso dije, sí. Ha huido un hombre de la prisión de Jersey City, y se le vio por esta región últimamente. Se están dando batidas, pero sin resultado. Es un criminal, está desesperado, y es capaz de todo. Se trata de un hombre que ya asesinó a dos personas, en el atraco a una gasolinera.

—Cielos, eso es horrible —dijo Linda Hixman—. Habiendo residencias aisladas, gente indefensa, sin medios inmediatos para ser auxiliada...

—Señorita, es lo malo de vivir confortablemente en el campo o en la costa —contestó secamente el teniente Vaughan—. Aquí, ustedes no aspiran humos industriales ni sufren la contaminación atmosférica, pero se ven expuestos a otros riesgos perfectamente naturales. Hacemos lo que podemos, no obstante. El cerco se estrecha, y ese criminal caerá en nuestras manos en breve plazo, especialmente si ha sido él quien estuvo aquí anoche. Ese indicio resultará para él funesto, porque reduce sus posibilidades de fuga considerablemente.

—Me temo que su indicio no sirva, teniente —dije de pronto—. No creo que fuese él.

—¿Cómo? —La sorpresa de Edward Vaughan fue evidente. Oí que venía hacia mí, en medio de un silencio perplejo y sorprendente—. ¿Por qué dijo eso, Lester?

—No... no sé —murmuré, arrepentido de mi espontaneidad—. Fue... fue una corazonada.

—Usted no puede tener corazonadas así. Vive rodeado de familiares, amigos y servidores suyos. Si no hubo un intruso, ¿quién sería su agresor anoche, según usted?

Me mordí el labio inferior. Sabía que todos me miraban. Estaba seguro de que más allá de los límites de las sombras que eran mi mundo, un cerco de rostros perplejos, preocupados o inquietos, estaban fijos en mí. Y que, entre ellos, «alguien» se había sentido repentinamente aludido, acusado, señalado por mis sospechas.

—Quisiera tener una respuesta que darle, teniente —dije, con desaliento—. No quiero que me califiquen de maniático, de histérico o de un sujeto que sufre manía persecutoria, pero... estoy

seguro de que no hubo intruso alguno anoche en esta casa.

—Eso es ridículo —protestó Maisie, mi mujer—. ¿Qué pretendes sugerir con eso, Lester?

—Sí, tío Lester —habló mi sobrina Jennie—. Eso sería tanto como... como sugerir que uno de... «de nosotros», subió a la alcoba a atacarte...

Hubo un silencio profundo. Hubiera dado años de mi vida por ver sus rostros, por escudriñar sus ojos, por buscar, y acaso «encontrar», ese detalle de culpabilidad que podría ser la más clara acusación.

—Habla, Lester —sonó seria la voz de mi socio, Marty Ritter—. Será mejor que termines lo que has empezado. No resulta muy agradable, pero creo que es conveniente afirmar en vez de insinuar. Y lo que insinuaste es muy grave, compréndelo.

—Lo comprendo —dije, áspero—. Estoy seguro, Marty. Puedo jurarlo. Uno de vosotros me quiere asesinar.

Y di media vuelta, bruscamente, tropezando con un mueble, antes de abandonar la habitación que servía de *living* y salón de lectura, abajo, en la planta inferior de la residencia.

Detrás de mí, sólo dejé silencio. Estupefacto silencio.

—Imaginaba esto. Sabía que le avisarían a usted, doctor.

—No debe irritarse por ello —sonó apacible la voz cordial y serena del doctor Glenn Markham, mi médico particular—. No es ninguna monstruosidad avisar a su médico cuando algo sucede. Y no va a negarme usted ahora, amigo mío, que está profundamente nervioso.

—Oh, claro que lo estoy. Pero no soy un histérico ni sufro psicosis de persecución.

—¿Quién ha dicho tal cosa?

—Hay cosas que no hace falta decirlas —rezongué, iracundo—. Se adivinan. Ahora me dará un calmante, dormiré profundamente... y tal vez ya nunca despierte.

—Está diciendo tonterías. Claro que despertará. Nadie va a atacarle hoy. El teniente Vaughan estuvo hablando conmigo. Ha puesto dos agentes de servicio en el jardín. Vigilarán toda la noche. Además, ha venido conmigo su amigo Donovan.

—¡Chad! —exclamé, gratamente sorprendido—. ¿Ha venido Chad de veras, doctor?

—Claro. Subirá enseguida. Está abajo, hablando con esa jovencita...

—Jennie —sonreí—. Mi sobrina Jennie. Se gustan los dos. Serían una excelente pareja. Jennie es la mejor de todos los que hay bajo este techo, doctor. Y Chad es un gran muchacho.

—Sí, siempre lo pensé así, Lester —dijo. Luego, sentí un pinchazo en mi brazo, y maldije entre dientes. El doctor Markham rió por ello—. No se queje. Dentro de media hora le entrará un sueño apacible y una sensación de bienestar. Eso será todo. No le considero ningún histérico, Lester, sino un hombre que ha pasado una experiencia nada agradable, hace muy pocas horas. Y necesita relajar sus nervios. Incluso para una persona normal sería éste un feo trance. De modo que no pudiendo ver lo que ocurre a su alrededor... resultará un infierno.

La puerta se abrió. Enseguida supe quién llegaba. Me volví, complacido.

—Chad, amigo —saludé.

—Hola, Lester —se acercó, abrazándome con fuerza—. Siempre dije que tienes unos ojos especiales, que ven en la oscuridad. Reconoces a la gente sin verla ni oírla.

—Ojalá fuera cierto eso —suspiré—. Especialmente por lo de anoche...

—Sí, Jennie me lo ha contado. ¿Por qué no me avisaste enseguida, Lester? Espero que de mí sí te fiarás...

—¿Jennie te ha contado lo que sospecho?

—Pues... sí. Me lo ha contado.

—No me digas lo que piensas. Lo imagino sin mucho esfuerzo.

—Y te equivocas rotundamente. Jennie cree en tus palabras. Está preocupada, inquieta. Y me ha dicho que no le sorprendería nada que estuvieras en lo cierto.

—¿Eso ha dicho mi sobrina? —me sorprendí.

—Eso ha dicho, sí. Por mi parte, te creería aun sin ese precedente de Jennie. Cuando tú aseguras algo, es que algo sabes o presientes.

—No inquiete a mi paciente, Donovan —protestó el médico—. La policía insiste en que no pudo ser sino un merodeador nocturno, fuese ese criminal que anda suelto o fuese otro más inofensivo.

—Doctor Markham, yo conozco bien a Lester Grant —replicó mi

amigo—. Somos camaradas desde mucho antes de que perdiera la vista. Cuando él dice algo, no es por fantasear. Ni siquiera ahora. Algo tuvo que suceder para que él sospechara de una persona situada «dentro» de la casa.

—Recuerdo que, aparte su familia, solamente mi enfermera, la señorita Hixman, está en esta residencia siendo una extraña de los Grant —habló con sequedad el doctor Markham—. Y no resulta agradable, ni para ella ni para mí, una sospecha semejante.

—Olvida algo, doctor —objeté—. No solamente su enfermera es extraña en esta casa. Están también otros, como los sirvientes, mi socio Ritter, mi secretario, McCain... Personas que no son un Grant ni un pariente. Pero yo tampoco acusé a los extraños, exclusivamente, doctor.

—¿Quiere decir... quiere decir que tuvo la monstruosa idea de... de sospechar incluso de... de sus familiares?

—No se sorprenda, doctor Markham. Si insiste, llegará a decirle que, en primer lugar, sospecha de mí —dijo súbitamente la voz de Maisie, mi mujer.

Reinó el silencio en la estancia. Yo no dije nada. Markham me miraba, era obvio. Chad, también. Y, desde luego, ella, Maisie.

—No puede ser —rechazó el médico—. Diga que no es cierto, Lester.

—Mentiría, doctor —sonreí tristemente—. Maisie puede ser también una enemiga.

—¡Es su esposa! —protestó el médico—. Lleva abnegadamente su desgracia, le sirve de compañera fiel...

—Eso no es cierto, doctor —repliqué—. Maisie está tramitando su separación legal de mí.

Hubo un jadeo en labios de ella. Creí incluso «ver» su gesto de estupor, su mirada incrédula, fija en mí.

—¿Cómo... cómo «supiste»...? —gimió, perpleja.

Sacudí la cabeza con abatimiento. Apoyé mi mano en un hombro fuerte y firme, vecino a mí. El hombro de mi buen amigo Chad Donovan.

—Lo cierto es que lo sé, Maisie. Me gusta la sinceridad. No debiste fingir un amor que ya no me tienes. No bastaba con vivir aisladamente el uno del otro, con ocupar alcobas diferentes. No, Maisie. No sirves para soportar a un marido invidente, y te

comprendo. Pero debiste decírmelo tú misma. No esperar a que lo descubriera yo...

Hubo un ahogado sollozo, y Maisie abandonó la estancia con ímpetu. El doctor Markham se disculpó, saliendo tras ella. Chad y yo nos quedamos solos.

—Bien... —Mi amigo parecía confuso, cohibido—. No resultó agradable, Lester.

—No, no resultó agradable, Chad —admití.

Hubo una corta pausa. Le oí pasear, cerca de mí, algo nervioso. Me empezaba a entrar sueño, una suave somnolencia.

—¿Cómo lo averiguaste? —indagó Chad.

—Maisie estuvo en Jersey City el otro día. Dejó su bolso en la sala, y lo derribé sin querer. Me incliné a recoger sus cosas. Ella no estaba. Encontré una tarjeta de visita, de esas que se imprimen en relieve. Para mis dedos no era difícil leer al tacto. Era de un abogado, Neil Forbes. Especialista en divorcios y separaciones legales. Recuerdo que ese día estuvo muy agitada e hizo dos o tres llamadas telefónicas. No era difícil atar cabos, Chad.

—Eres endiabladamente astuto, aun sin poseer el don de tus ojos —comentó Donovan—. ¿Insistes en... en lo de un agresor que no vino del exterior?

—Sí, insisto.

—Pero Maisie... no pudo ser. Si trata de separarse, ¿para qué iba ella a...?

—No dije que fuese culpable. Dije que «podía» serlo. Como todos.

—Tienes alguna certeza para hablar así, estoy seguro.

—La tengo, sí.

—Lo imaginaba. No son sólo suposiciones, teorías...

—No —bostecé—. Hay algo más. Ya te lo contaré. Temo... temo que voy a dormirme de un momento a otro. La inyección del doctor, el sedante...

—Duerme. Acuéstate tranquilo. Hay dos policías abajo. Y yo me quedo aquí hoy. Vigilaré por la noche. No se repetirá la agresión, estoy seguro.

—Confío en ello... —Volví a bostezar. Me metí en la cama, desvestiéndome ayudado por mí amigo Chad—. Confío... en vosotros... y en el teniente Vaughan... Pero en nadie más...

Me quedé dormido. Mi último pensamiento, antes de perderme en la inconsciencia del sueño, fue para preguntarme si despertaría de nuevo...

—Y nada sucedió...

—Cierto. Nada ha sucedido —admití, casi de mala gana, sintiendo la caricia tibia del sol del mediodía en mi rostro, asomado al jardín.

—Tus temores quedaron atrás, Lester.

—Por el momento, sí.

—¿Sigues sospechando de todos nosotros?

—Me temo que sí.

—Y de mí, principalmente —había amargura en su tono.

—No —rechacé—. De ti, no.

—Mientes, Lester.

—No miento, Maisie. Digo lo justo. No creo que tú me atacaras. Ni que enviases a nadie a hacerlo. No tendría objeto.

—¿Tiene objeto que seas atacado por alguien de esta casa?

—Podría tenerlo, sí.

—Entiendo. Tu dinero...

—Es una razón.

—Yo no deseo tu dinero, Lester —su voz sonó ahogada.

—Lo sé. Además, tendrás lo que marque la ley. O lo que tú pidas. Te darán la razón. Y el divorcio. No puedes vivir unida a un hombre ciego.

—No es sólo eso, Lester. Tú sabes que hay más. Ya antes... antes del accidente... nuestra vida en común era un fracaso. Un mutuo y común error. Nos equivocamos ambos.

—Es cierto. Ahora, sería aún más duro de sobrellevar. Yo no quiero un lazarillo. Y tú no puedes soportar a un inválido. Me parece justa tu decisión. No te lo he reprochado en absoluto. Ni lo haré jamás... si me dan tiempo para ello.

—Vuelves a tu obsesión. Te sientes amenazado, en peligro.

—Es la pura realidad. Se confirmó anteanoche, ¿no?

—Fue solamente una agresión extraña, estoy segura. Un ataque de un merodeador. Has hecho de ello un castillo que, como si fuera de arena, se derrumba al menor soplo. No tiene sentido nacía de lo que dices. No concibo que intenten matarte, y menos alguien de aquí, de la casa. No tienes nada sólido en que basar tus sospechas

monstruosas, Lester.

—¿Y si lo tuviera?

—¿Qué quieres decir?

—Que yo «sé» que es cierto. Tengo evidencias.

—¡Imposible!

—Te equivocas, Maisie. Yo oí a dos asesinos hablar en el cenador del jardín. Planeaban mi muerte. Fría, deliberadamente.

—Lester... —Su voz tuvo repentina angustia, acaso miedo. No supe aclararlo—. Lester, no sería el día que... que caíste, y la enfermera Hixman te encontró...

—Ese mismo día. Acababa de escuchar mi sentencia de muerte, en labios de alguien.

—Pero ¿en labios de quién?

—No sé. Disfrazaban las voces, hablaban en tono extraño, no pude identificar a ninguno. Pero se referían a mí. Y me conocen bien. Eran gente de aquí, Maisie.

—Dios mío, no puedo creerlo, Lester. Yo... yo no sólo no puedo desearte ningún mal, sino que en caso contrario... más bien deseo que evites todo riesgo, que salgas adelante de todo problema... al margen de nuestra posible separación, ya que sabes ahora que he decidido tramitarla formalmente.

—Claro, Maisie —extendí las manos, rocé con mis dedos su rostro, tan familiar, tan querido en un tiempo, tan indiferente, acaso tan frío ahora... Añadí, con ternura—: Lo siento, querida. De veras lamento que todo esto... haya resultado así...

—No es culpa tuya. Ni mía. Tal vez de ninguno de los dos. Solamente de las circunstancias, de la vida misma... —Noté como un ahogado sollozo en su tono—. Lester, quisiera... quisiera remediarlo de algún modo... y no es posible. Sé que aún te amo, pero... pero...

—Pero ¿qué, Maisie? —indagué, anhelante.

—Pero tú, en tu amargura, en tu encierro psíquico en ti mismo, tampoco has sabido recuperarme... tampoco has sabido ser el de antes, el que fuiste una vez... y ahora... ahora es tal vez demasiado tarde...

—Maisie, por Dios... Calla. Vale más que hablemos después, a solas los dos. Ahora, en este lugar, a esta hora... puede oírnos cualquiera... y preferiría que fuese... estando tú y yo solos...

—Es que... estamos solos, Lester.

—¿Cómo?

—Absolutamente solos... Ni servicio, ni familia, ni nadie... Solos los dos, querido...

—Eh, espera... Es mediodía. Tienen que estar los demás... Jennie, Warren, el doctor Markham... la enfermera Hixman...

—El doctor y la enfermera salieron hacia Jersey City a primera hora de la mañana. Regresarán a media tarde. Tenían hoy una convención médica en el hospital Central.

—¿Y los demás? La familia, los amigos, mis empleados...

—Oh, Lester, debes recordar bien las cosas. Es el día libre del mayordomo y el jardinero. Queda la cocinera, Kate, que nos servirá cuanto sea preciso...

—¿Y la familia? —insistí.

—Lester, no te dejes ganar por el nerviosismo. Han salido unos y otros a desentumecer sus músculos, a pasear por mar o por tierra, a hacer compras... Ha salido el sol, dejó de llover, y amenazan nuevas lluvias, según el pronóstico meteorológico. Deben aprovechar el buen tiempo...

—Es demasiado «casual» —dudé—. ¿De quién fue la idea de que todos se ausentaran precisamente hoy, «ahora»?

—Oh, Lester, ¿vuelves con eso? Tu obsesión, tu manía...

—¡No tengo manías! —aullé—. ¿Quién sugirió que se marcharan todos de casa?

—Lester, no fue nadie en particular. Marty Ritter dijo una cosa, McCain, tu secretario, otra... Incluso Jennie pidió a Chad y a Warren que la acompañaran...

—Ya —incliné la cabeza, confuso—. Todos resolvieron ausentarse de repente... Me pregunto de quién partió la idea inicial, Maisie...

—Es una tontería. Dentro de dos o tres horas, todos estarán aquí. Podemos almorzar tú y yo, si quieres. Llamaré a la señora Kane, la cocinera, y nos servirá aquí o en el cenador del jardín...

—No, no —me estremecí—. En el cenador, no...

—Donde quieras. Aquí, entonces —oí sus pasos hacia alguna parte—. Llamaré a la señora Kane...

—Espera —rogué—. ¿Y los policías? Los hombres del teniente Vaughan, los que deben vigilarme...

—Han de ser relevados al atardecer. Durante el día, el teniente no juzgó que fuesen necesarios, Lester.

—De modo que estamos solos... tú y yo —musité.

—Tú, yo... y la señora Kane —me recordó Maisie, irónica.

—Es lo mismo —dije, agitado. Miré en derredor, sin ver, que es la peor forma de mirar que existe. Pese al tibio calor del sol, pese al dorado fulgor cálido del mediodía, no había sino sombras en torno. Sombras eternas... Sentí frío. Frío y miedo. Temblé, no sé si de una cosa o de otra. Mi voz sonó ahogada, ronca—: Es lo mismo, Maisie. Es... es «una trampa».

—Una... ¿qué?

—Una trampa. Para mí. Van a asesinarme. Hoy. Ahora. En este mediodía...

—¡Lester!

—¿Es que no lo entiendes? —me exasperé, agitando mis brazos, mis manos, enfáticamente, a la tiniebla eterna que me rodeaba como una viviente pesadilla sin principio ni fin—. ¡Nos hemos quedado solos! ¡«Solos»! Sin ayuda de nadie... merced a los asesinos, Maisie...

—No puedo entenderte... Eso es... es insensato. ¿Quién puede atacarnos ahora, aquí, a pleno día, bajo este sol, a esta luz que todo lo alumbra y lo aclara, Lester? Solamente un ciego podría... Oh, perdón. No quise decir eso. Yo...

—Entiendo, Maisie. Solamente un ciego podría tener miedo bajo ese sol. Y yo... yo lo tengo, querida. Lo tengo porque sé lo engañosa que puede ser la luz... precisamente porque no puedo verla ni sentirla, salvo en la tibieza del calor solar... Sé que para un asesino, lo mismo da la sombra de la noche que la luz del día más radiante...

—Lester, no quise molestarte, no hablé en ese sentido, sino aludiendo a un lugar común, que se cita siempre, sin intención alguna...

—Lo sé, lo sé. No importa eso ahora. Estoy por encima de suspicacias de esa clase. Lo que cuenta es mi vida, ¿entiendes? Mi vida... Soy egoísta, lo admito. Deseo vivir, a pesar de mi oscuridad, de mi vida en tinieblas... Deseo seguir disfrutando de esta triste parodia de la vida que me ha correspondido. ¡No quiero morir! Y, sobre todo, no quiero morir así, estúpida y violentamente, víctima

de la codicia, la maldad o la cobardía de otros...

—Lester, cálmate. Yo... yo no podré amarte ya, como tú no me amas a mí, pero... pero deseo que vivas, deseo ayudarte, protegerte, si es preciso, y...

—¡Calla! —dije súbitamente, con ronco sonido de mi voz.

—¿Qué te ocurre, Lester? ¿Qué he dicho yo, para que tú ahora, me...?

—Calla, he dicho... —susurré, con voz ronca—. No hables... Escucha...

—Que escuche... ¿qué?

—Oh, Dios, quisiera a veces que vosotros, los videntes, tuvierais la misma sensibilidad auditiva que nosotros, los ciegos, los que vivimos en la sombra... Maisie, ¿es que no oyes, es que no sientes nada?

—Sentir, oír... ¿qué?

—Esos roces... Esos pasos... Ese jadeo... Maisie, alguien... «alguien» viene... se acerca... Alguien que no quiere ser oído... que no desea ser percibido...

—¡Lester! No oigo nada...

—¡Dios mío, toma el teléfono, llama al teniente Vaughan, si aún te da tiempo! —rugí—. ¡O empuña tú misma mi arma, esta pistola que he logrado conservar conmigo...!

Y saqué velozmente de mis ropas la pistola automática de calibre 32, fría y rígida al tacto, que había conservado las últimas horas, a la espera de cualquier momento supremo como presentía que iba a ser aquel...

De repente, Maisie debió ver o advertir algo. La oí gritar bruscamente, balbucear algo con tono sorprendido:

—¿Cómo? ¿Ocurre algo? Creí que todos estaban en Jersey City hoy y que...

—¡Maisie! —aullé, exasperado, esgrimiendo el arma a ciegas, buscando algo, a alguien que no sabía quién podía ser, dónde podía hallarse—. ¡Maisie, cuidado! ¡Esa persona, sea quien sea...! ¡Es... es un asesino...!

—Pero Lester, por Dios... —Oí su risa breve, sorprendida, llena de escepticismo—. Pero si es solamente...

De repente, se quebró su voz. Hubo algo, un gemido ronco, casi un estertor. Luego, se convirtió en un grito ahogado, horripilante. Y

un roce, un rumor de lucha, un golpeteo, una caída sorda, seca, brusca.

Luego, silencio.

—¡Maisie! —aullé.

Silencio. Siempre silencio. Me exasperé.

Moví la mano. Sentí un roce, una proximidad humana, la presencia de alguien silencioso y alerta... Apreté el gatillo, sin vacilar.

El arma retumbo, estruendosa. Fue un seco estampido. Se quebraron vidrios, incluso alguna loza o cerámica de la sala... Alguien jadeó con fuerza, los pasos sonaron más rápidos, hacía mi derecha... Me revolví en esa dirección. Disparé otra vea, al azar.

—¡Maisie! —rugí, frenético.

Igual silencio. Igual mutismo en torno mío. El sudor helado perlaba mi rostro, mojaba mi epidermis, mis ropas...

De repente, alguien me atacó. Me golpeó brutalmente en el rostro. Moví la mano, tambaleante, cayendo atrás. Quise disparar por tercera vez. No pude lograrlo. Algo o alguien me descargó un mazazo bestial en la diestra, al tiempo que algo se estrellaba en mi rostro, con brutalidad.

Perdí el arma. Mis dedos se crisparon, indefensos de nuevo, en el vacío negro de mi ámbito personal. Algo volvió a estrellarse en mi cara, salvaje, rudamente. Sentí como un estallido que, por primera vez, llevó luz, la luz de un cegador destello doloroso, al fondo de mi mente atormentada. El cuerpo pareció romperse, flotar en pedazos en la negrura. Y después...

Después... nada.

Solamente oscuridad, silencio, vacío.

Como Hamlet en su trágico final. El resto, sólo era eso: silencio...

Y no supe más. Nada más.

CAPÍTULO IV

El cerebro vibraba. Mi mente vibraba. Mi cuerpo estaba en vibración.

Todo vibraba a mi alrededor. Como si tuviera un motor en mi cráneo. Un motor en mis venas, haciendo latir la sangre tumultuosamente.

No. El motor no estaba dentro de mí. Pero estaba cerca. Debajo de mí. Haciendo vibrar mi cuerpo. En el suelo. O bajo el suelo. Un suelo trepidante, móvil, en desplazamiento sobre algún punto.

Tardé; en entender. Uno siempre tarda en entender las cosas, cuando sale de la sima oscura de la inconsciencia... y se encuentra en la sima oscura, mucho más oscura incluso, de su propio destino. Y uno recuerda que esa oscuridad persiste. Y persistirá siempre. Una oscuridad que es eterna. Que nunca terminará...

Intenté moverme. Pude lograrlo, pero sólo sobre mí mismo. Dando vueltas encima de algo resbaladizo y terso, que olía a madera fresca, nueva, bien pulimentada, bien barnizada. Olor de madera limpia, pulcra. Olor de superficie limpia, de cubierta de navío...

Navío. Motor. Barniz. Y olor. Olor a algo más que barniz y gasolina: olor a salitre, a yodo.

Eso tenía una explicación para cualquiera. Especialmente, para un hombre invidente, que olfatea con claridad lo que tiene alrededor, porque de ello depende su percepción. Eso tenía clara explicación: mar. Embarcación a motor. Viaje sobre las aguas...

Una lancha motora. Iba viajando en una canoa movida a motor, sobre unas aguas no demasiado movidas. Recordé la apacible calma del mar ante las costas de Jersey. Mentalmente, oyendo trepidar aquel motor cercano, calculé que íbamos, cuando menos, a diez o doce nudos de velocidad^[1].

Estaba ligado. Atado y amordazado. Además de eso, algo me

envolvía, asomando fuera solamente mi cabeza, con la mordaza entre los labios y dientes, oprimiendo ferozmente mi boca, ahogando todo posible sonido. Las ligaduras ataban mis muñecas y tobillos. Rodé casi con rabia, sin lograr nada positivo, cosa que hubiera sido imposible de todo punto, dado el fuerte punto en que se hallaban las tensas ligaduras.

Ignoraba si era día o noche, si estaba lejos o cerca de la costa. Ignoraba también el tiempo transcurrido desde que perdí el conocimiento. El muro de sombras era siempre demasiado denso, era la frontera que me separaba de toda noción de realidad, de todo sentido de tiempo, espacio o formas.

Lo único que sabía, es que estaba viajando en una embarcación ligera, a motor, sobre la superficie marina. Hacia algún destino desconocido. Hacia la Muerte, posiblemente.

Tampoco podía, ciertamente, saber cuántas personas estaban a bordo, aparte de mí mismo. Podía ser una sola, y se bastaría para tripular la embarcación. Podían ser dos, como en el cenador del jardín. O más, aunque esto no lo creía posible.

No hablaban. No oí sonido de voz alguna, y eso me irritó todavía más. Hubiera querido oír, saber qué personas eran las responsables de aquello. Recordé mi pistola, arrebatada por alguien, el grito extraño de Maisie, acaso su caída, ante mis ojos sin luz.

Mis temores habían sido fundados. Y bien fundados. Una trampa. Un cepo. Todos se ausentaron de la casa súbitamente. Todos como de mutuo acuerdo. ¿Quién tuvo la culpa de ello, de quién pudo ser la idea?

Yo no podía saberlo. Maisie iba a decírmelo, ingenuamente, cuando sucedió todo. ¿Quién tenía autoridad, fuerza de persuasión suficiente, para sugerir aquello sin despertar sospechas?

Me esforcé en vano, pensando en ello. Pudo ser cualquiera, si tuvo habilidad suficiente para actuar sin provocar recelos. Solamente yo sospechaba de todos y cada uno de los que me rodeaban. Sólo yo hubiera recelado. Y me enteré demasiado tarde...

De repente, sentí alarma. Inquietud.

El motor. El motor ya no vibraba. Se había parado. En derredor mío, el silencio era tan denso como las propias tinieblas. Luego, percibí el leve roce pausado, intermitente, de un suave oleaje golpeando el casco liviano, balanceante, de la embarcación. En

alguna parte oí chillar a las gaviotas.

Gaviotas. No estaba lejos de la costa. Pero quizá era suficiente. Quizá era demasiada la distancia, incluso. Tuve miedo. Supe inmediatamente lo que iba a seguir. Inevitable, inexorablemente.

Supe que iba a morir allí, estúpida y silenciosamente. Iban a arrojarme al fondo del mar. Ése era el destino final del viaje en la canoa a motor.

Recordé algo, vagamente. Pedí al cielo, a la Providencia, a todo eso que uno nunca admite como cierto, salvo cuando está en trance de morir y todo lo real, lo inmediato, lo tangible, le falla a uno. Entonces piensa uno en Dios, en un milagro, en un sutil prodigio de más allá de lo natural. Quizá por ese mismo egoísmo, por ese tardío modo de apelar a lo sobrenatural, uno no merece tampoco gran cosa, y lo divino hace oídos sordos a tanta súplica retrasada.

Me doblé cuanto pude, mientras oía un crujido de pisadas sobre la madera pulida de la cubierta de la embarcación. Mi rostro se apretó contra mi chaqueta, contra mi hombro izquierdo, convertido mi cuerpo en un ovillo. La mordaza, intercalada entre mis dientes, dejaba estos libres. Mordí rabiosamente la ropa de mi chaqueta, como si eso pudiera servir para algo, quizá ante la mirada sardónica de alguien.

Luego, de súbito, unas manos enguantadas me rozaron. Sin una voz, sin un comentario, sin una sola palabra de burla, de ensañamiento, de compasión o, simplemente de desafío. Sin revelar odio ni complacencia. En el peor y más terrible de los silencios. También en el más indiferente. Como si matar, como si arrojarme a otras tinieblas peores aún que las que se hicieran compañeras mías a raíz del lamentable accidente, fuese una tarea rutinaria que era preciso cumplir, con frío profesionalismo.

Sentí un escalofrío. No separé mi rostro, apretado contra el hombro, como en una furiosa e inútil actitud rebelde. Aquellas manos enguantadas subieron algo en lo que yo estaba metido hasta la cintura. Lo fue desenvolviendo, deslizando hasta más arriba de mi cabeza. Y su crujiente, frío, pegajoso contacto, me dijo lo que era aquella materia: plástico.

¡Una bolsa enorme de plástico, donde estaba siendo envuelto mi cuerpo!

Forcejeé, intentando algo estérilmente. El plástico se cerró sobre

mi cabeza y sentí que lo anudaban con fuerza. Algo empezó a rodearle, y su presión rígida, dura, dolorosa, hizo que también lo identificara: una cadena. No mucho más gruesa que las que pueden usarse en los neumáticos para cruzar un puerto de montaña. Una larga cadena, posiblemente con algún peso o lastre.

Suficiente para sumergirme muy al fondo. Suficiente para morir, ahogado en las profundidades marinas. En el fondo del Atlántico. Lejos, ignorado de todos...

Las corrientes de Lower Bay harían el resto, con mi cuerpo lastrado, introducido en un bolsón de plástico herméticamente cerrado. La asfixia no tardaría en producirse. Sentía lo escaso del aire respirable, encerrado conmigo en la funda plástica. Oxígeno escasamente para unos minutos, no más de cinco o seis, y aun eso, administrando lentamente mis aspiraciones de aire.

Las manos enguantadas, rudas, manipularon mi cuerpo con la bolsa y la cadena. Lo alzaron un instante. Luego, me hicieron rodar hacia la borda de la canoa a motor. Sentí que un peso considerable, tiraba de mí, junto a mis pies. Era el lastre que me llevaría al fondo del mar.

Y ese lastre sería mi impulso postrero hacia la muerte.

Rodé por la madera lustrosa de la canoa. Luego, voltee en el vacío. Un sordo, brusco chapoteo, y mi cuerpo, tras estrellarse en la superficie marina, se hundió en su húmeda y fría profundidad.

Descendí vertiginoso, rodeado de agua helada por doquier. Su gélido roce penetraba incluso a través del material no poroso, en mi angosto encierro, casi desprovisto de aire para seguir respirando.

Controlé mis expulsiones y absorciones del escasísimo aire disponible. Mi cuerpo se agitaba torpemente dentro de la bolsa plástica. Mis dientes oprimían algo más que la tela doblada que me servía de mordaza. Mis manos, atadas por las muñecas con fuerza, ante mi estómago, pugnaban por subir un poco, pulgada a pulgada, hacía mi rostro, hacía mi boca...

Logré accionar, dificultosamente, el resorte de la pequeña navaja automática, casi de juguete, que mis dientes extrajeron a la desesperada del lugar donde yo la había guardado, no muchas horas antes, en previsión de cualquier riesgo inesperado: el bolsillo superior de mi americana...

Y pugué, en rabiosa, sorda, exasperada lucha contra el tiempo y

contra la asfixia creciente, por cortar las ligaduras de mis manos, con la pequeña, puntiaguda, afilada hoja de acero, surgida con un chasquido de su funda de resorte automático...

Era mi última, mi única esperanza.

Todo, mi vida incluso, dependía de aquella diminuta pieza de acero.

Jamás unos minutos habrán sido más largos y angustiosos para nadie.

Jamás una eternidad duró más, ni resultó más infinita en su dimensión sin límites...

Y, sin embargo, sólo fueron tres minutos.

Dos de ellos, ligeramente aceptables, con algo de oxígeno para respirar. El último de esos tres minutos, una pugna contra reloj, contra la ausencia de aire, contra unos pulmones que amenazaban estallar, contra un cráneo que palpitaba, en los límites de la asfixia, contra un cerco agobiante de veneno irrespirable y demoledor.

Sucedió eso cuando mis manos, liberadas de varios tajos que incluso llegaron a cortar mis muñecas, haciendo correr la sangre entre los dedos y la ropa, pudieron quitar la mordaza, pudieron luchar contra las ataduras de cadenas y, con flexiones desesperadas, dentro de la bolsa plástica, en el fondo de las aguas, ir eludiendo su presión, en una labor digna del propio Houdini en sus experiencias inauditas.

Por fin, sueltos los pies, libre el cuerpo, rasgué el plástico, me escabullí hacia las frías aguas, con el cuerpo presionado, con la asfixia haciéndome sentir extrañamente ligero y evadido entre estallidos de luz, y subí, subí, en un esfuerzo titánico de todos mis músculos, recordando mis tiempos de buceador, intentando que mis conocimientos del deporte subacuático de cuando mis ojos poseían luz, sirviera ahora de algo práctico, para huir a la oscura y helada sima de las aguas, hacia donde descendería, como grotesco pingajo, aquel gran plástico, provisto de cadenas y lastre...

Cuando creí rozar ya los límites mismos de la muerte, en una asfixia total, en un supremo trance de agonía, súbitamente mis pulmones se llenaron de aire, amenazando reventar.

Y tuve que descender, veloz, tras llenarlos de ese aire, para descomprimir mi cuerpo sumergido antes de emerger, definitivamente, a la superficie de las aguas, en aquella negrura mía

que podía ser noche oscura o día de radiante luz.

Cuando emergí de nuevo, nadando con pausado ritmo, sin saber siquiera si era visto por alguien, supe que, momentáneamente, estaba a salvo.

Sólo momentáneamente, por supuesto.

Pero eso, después de lo sucedido, ya era mucho. Para mí, en estos momentos, incluso era demasiado.

Porque era como regresar del frío mundo de los muertos. Porque era como volver a la vida, cuando toda esperanza se había ya perdido.

Aunque mi vida fuese aquella oscura y triste parodia, perdido en un mundo de sombras, donde rostros, formas; luces y vidas se confundían en simples tinieblas.

Unas tinieblas que parecían tener miles de ojos perversos, acechándome...

Seguí nadando. Sin rumbo fijo, en principio. Tratando de orientarme, aterido y cansado, con el riesgo terrible de agotarme y desaparecer de nuevo bajo las aguas, esta vez en forma definitiva, en cualquier momento.

Sí; eso era lo único que podía hacer. Olfatear el aire, saturado de salitre y yodo, husmear la brisa, buscar sonidos, orientarme en la sombra. Intentar el regreso a la orilla, a cualquier orilla donde hubiera tierra firme. Y donde no estuviera un asesino esperándome paciente para rematarme.

Era difícil. Acaso inaccesible para mí. Pero tenía que intentarlo. Y lo intenté.

Lo intenté. Y lo conseguí.

Fue el triunfo de la voluntad, del instinto. El triunfo de todo lo que parecía significar ya muy poco.

Nunca supe cómo ocurrió. Ni qué o quién me guió sobre la superficie de las aguas oscuras y siniestras. Pero llegué.

Llegué a la orilla. Pisé tierra firme. Supe que estaba en un lugar hartamente familiar para mí. Supe que aquel resbaladizo corredor de tablas, entre boyas flotantes, que mis dedos rozaron, palpando los números en relieve de sus superficies de metal, solamente podía ser un lugar que yo conocía muy bien. Un lugar de donde había sido asiduo cliente, socio destacado, durante toda mi vida, hasta que la oscuridad de mis ojos me replegó a una nueva existencia sórdida y

tenebrosa.

El Club Náutico.

El Jersey Yatch Club, para millonarios y deportistas acomodados, como Lester Grant. Incluso allí, en alguna parte del embarcadero adonde ahora emergí, estaría sin duda mi pequeño y bello yate, el que ya ni siquiera utilizaba, desde hacía dos largos y penosos años de oscuridad...

Una voz familiar sonó cerca de mis oídos, súbitamente, mientras tomaba aliento, recuperándome de la pesadilla vivida en aquellos angustiosos momentos:

—¡Señor Grant, si es usted...! Dios mío, ¿qué le sucede? ¿De dónde viene usted así?

—Mi bueno y viejo amigo Guber... —musité con alivio, buscándole a tientas con mi mano extendida—. Creo... creo que vengo del mismo infierno...

—No le comprendo, señor, pero su aspecto...

—Imagino cuál será mi aspecto —sonreí—. Ven, tendrás que ayudarme... Yo te diré lo que hemos de hacer ahora... si es que quieres hacerlo, Guber.

—Cielos, señor Grant, haré por usted lo que me pida. Si algo le han hecho, llamaré a la policía ahora mismo y...

—No, a la policía, no —le calmé, risueño—. No harás eso. Escucha, amigo mío...

Y me escuchó.

Las manos femeninas eran un alivio, después de la helada caricia asesina de las aguas del Atlántico, allá en la bahía.

Eran manos suaves, cálidas. Manos de mujer. Y mujer que conocía bien lo que estaba haciendo. Suspiré, con auténtica complacencia.

—Gracias, Lorna. Eres una gran chica —dije.

—Creo que es lo que debo hacer, Lester —me respondió ella. E imaginé su sonrisa—. Estabas en un estado realmente lamentable.

—No necesitas decírmelo. Lo imagino fácilmente.

—Nunca podrás ni imaginarlo. Eras... eras un náufrago. Como si volvieras del mismo infierno.

—Sí, eso es lo que le dije a Guber cuando me halló en el embarcadero —resoplé—. La experiencia ha sido espantosa.

—Pero, Lester, ¿quién podría querer asesinarte a ti? —se

sorprendió Lorna Vincent, sin dejar de dar fricciones enérgicas (y tan suaves a la vez), sobre mi piel aterida, desnuda de cintura para arriba, y también de cintura para abajo, a excepción de la gruesa toalla que me envolvía como un auténtico taparrabos, dándome una sensación áspera y cálida al mismo tiempo, muy confortante.

—Si lo supiera... —musité, sacudiendo la cabeza, tendido boca abajo, como me tenía situado Lorna en el gimnasio del Club Náutico, devolviendo a mi piel, a mi cuerpo todo, la sensación de vitalidad y calor que poseía antes de la trágica inmersión forzosa.

—Pero tiene que existir una razón, un motivo...

—Supongo que estorbo a alguien. O mi dinero es la causa de todo, no sé...

—¿Un familiar, entonces?

—O mi socio, o mi secretario, o quién diablos sabe qué persona de esa casa donde yo habito...

—¿Vas a ir a la policía?

—No serviría de nada. El teniente Vaughan es un buen amigo. Me devolvería a casa, con toda clase de buenas palabras, me pondría vigilancia de nuevo, y nada sucedería en un tiempo mientras estuviera bien escoltado. Luego, en cualquier momento... se repetiría el intento. Y no creo que tuvieran un tercer fracaso.

—Sí, opino como tú... Es un feo asunto, Lester. Pero tienes que hacer algo. Si al menos pudieras ver, defenderte por ti mismo, saber lo que te rodea... Pero en tu actual situación...

Había terminado el masaje. Me llevó con ella a otro punto del gimnasio, y me obligó a hacer ejercicios suaves, para reactivar la circulación y hacer desaparecer el entumecimiento. Lorna, además de una gran chica, y muy bonita por cierto, era una eficiente profesora de cultura física, al servicio de los socios del Club Náutico en mil detalles oportunos e imprescindibles. Ella dirigía las tareas de salvamento, si era preciso, regentaba las saunas y era la redactora de la Sección Social de Deportes, así como inspectora del cuidado y conservación de embarcaciones.

—Lorna, necesito marcharme —dije de repente.

—¿Marcharte? —se sorprendió—. ¿Ya? ¿Adónde irás ahora? Aquí estás a salvo...

—No me refería a marcharme del club. Quiero decir que debo irme. De Jersey.

—¿Estás loco? No puedes ir solo a ninguna parte.

—Pues tengo que hacerlo. Necesito dinero, ropas, un pasaje en avión...

—Un pasaje en avión, ¿adonde? —Su sorpresa iba en aumento, evidentemente.

—A Florida, en primer lugar.

—Florida... ¿Qué harás allí? ¿Huir de un fantasmal asesino de quien nada sabes, y que podría ser tu mejor amigo o tú más cercano familiar? ¿Huir también un poco de ti mismo?

—Nadie huye de sí mismo —rechacé, sacudiendo enérgico la cabeza—. Y yo soy demasiado práctico para una cosa así, Lorna. Necesito llegar a Miami de alguna forma.

—¿Por qué? —Se sentía profundamente intrigada, eso era obvio.

—Tengo allí una cuenta corriente especial, de la que nadie sabe nada. En Miami no me conocen. Preciso dinero. Y seguir viaje luego.

—Seguir viaje... ¿adonde?

—A Europa.

—Europa... Lester, ¿no estás dejando ir demasiado lejos tus ideas?

—No, Lorna. Tengo una idea concreta, decidida. No hay otra salida. Debo luchar. Y permaneciendo aquí nunca lograría nada, salvo morir tarde o temprano, víctima de esos asesinos que se ocultan en la sombra. En la sombra de mi propia ceguera, Lorna...

—Pero Europa... ¿por qué?

—Sería largo de contar. Escucha, Lorna. Quizá no en tiendas bien mis razones, pero no deseo volver a casa. Ni ver a nadie conocido. Si voy a Jersey City, al Banco, seré reconocido, avisarán a Maisie, mi esposa, a mi familia, acaso a la policía... No puedo defenderme de todos ellos, no sé valerme por mí mismo, y me manejarían como un monigote.

—Sí, entiendo eso. Temes que te obliguen a volver a casa, temes que te crean bajo un efecto psíquico, y te recluyan, te dominen, permitiendo así al asesino... actuar de nuevo.

—Me alegra que tú me comprendas, Lorna —suspiré, con alivio—. Creo que eres la primera persona que realmente lo intenta y lo consigue. Sí, ésas son mis razones. Temo volver a mi vida habitual. Pero no tengo otro remedio, si me quedo en Jersey. Mi dinero está

en el Banco, o mi abogado puede proporcionármelo... a la vez que avisa discretamente a mi mujer y lo estropea todo, por supuesto. En cambio, en Miami... tengo fondos suficientes para ese pasaje a Europa, para vivir allí un tiempo, incluso para un gasto excepcional... Mi cuenta se eleva a un mínimo de ciento cincuenta mil dólares. Pero eso es en Miami. Y desde aquí, no tengo medio posible de llegar, ¿entiendes? Ni un dólar en mis bolsillos... Ni puedo moverme solo, sin ayuda...

Hubo una pausa. Lorna reflexionaba. Mi buena amiga del Club Náutico estaba pensando en lo que yo había dicho. Luego, me hizo una reflexión sencilla y directa:

—En suma: necesitas dinero. Ahora mismo.

—Sí —convine.

—Y que alguien te ayude a llegar, cuando menos, al avión de Florida.

—Eso es demasiado pedir. Pero sí, es lo que necesito —admití.

—Son las siete de la tarde, Lester. Está cayendo la noche. Hay varios vuelos a Miami, pero el último no puede ser más tarde de las once...

—Es lo que me temo —suspiré—. Ese vuelo bastaría. Una vez allí, tomaría un cuarto en un hotel, y a primera hora de la mañana sacaría el dinero, iría al aeropuerto... y tomaría el primer avión para Londres, París o Ginebra.

—No tienes ni un traje decente que ponerte —me recordó ella, irónica.

—Oh, diablo, ya lo sé —me quejé—. Ni nadie a quien recurrir...

—Estoy yo, Lester.

—¿Tú? —La esperanza renació en mi ante su sugerencia.

—Sí. Tengo algún dinero en la caja del Club Náutico. No mucho, claro. No pasará de unos doscientos dólares.

—Bastará para mí... Préstamelos. Te giraré apenas llegue a Miami y cobre...

—No bastaría para «los dos».

—¿Los dos? —Me puse rígido.

—Tú y yo —ella rió suavemente—. Lo has dicho. Necesitas compañía.

—Pero tú no puedes... Tu trabajo...

—Guber y McDuff se ocuparán de él durante un par de días. Iré

contigo a Miami.

—Dios sea loado, Lorna. ¿Harías eso por mí?

—Claro que lo haré. No hay dinero suficiente, pero puedo extender un vale por algo de efectivo de la caja. Se hace a veces. Digamos que tomo... quinientos dólares en total. Podemos tomar ese avión a Florida, pernoctar allí, esperar a que abran los Bancos... y reintegrar después los fondos al Club Náutico. No ocurrirá nada por ello. De paso, te compraré algo en un supermercado cercano. Algo vulgar, claro. Un pantalón, un suéter, unos calcetines, un calzado deportivo...

—Bastará —suspiré—. Lo importante es cambiar de ropas, parecer otro... Recuerda también unas gafas de cristales oscuros. Eso será suficiente.

Ella asintió. Oí su leve murmullo de aprobación. Y me sentí repentinamente tranquilo, esperanzado. Confiaba en Lorna. Tenía una amiga. Una compañera. Cuando menos, hasta Miami. Donde quizá estuviera la oportunidad de mi vida...

CAPÍTULO V

A las diez y veinte minutos llegamos a Miami.

A las once y media, teníamos tomadas dos habitaciones en un hotel de lujo de Miami Beach, bajo nombre supuesto. No quería correr riesgos. El nombre de Lester Grant era demasiado conocido en el ambiente de negocios y finanzas, para confiarse en absoluto. Además, antes de aquel accidente desdichado, Lester Grant había sido alguien en la práctica del *surf* y otros deportes náuticos, especialmente allí, en las costas de Florida.

Lorna se portó muy bien en todo. Desde la adquisición de prendas de vestir, en Jersey, hasta inscribarnos en el hotel, como si ella fuese mi secretaria particular, y yo un hombre de negocios, en viaje profesional a Miami.

Pasando, naturalmente, por la obtención de los pasajes aéreos, el viaje en el avión nocturno Jersey City-Miami, y todos los detalles propios del caso. No hizo demasiadas preguntas. Fue fría, eficiente y serena. Como si aquel trabajo lo hiciera a sueldo mío, y hubiera sido su tarea de siempre.

Después, mientras trataba de conciliar el sueño, sin sedantes esta vez, sin consejos médicos y sin enfermeras, pensé en ella con gratitud, con afecto. Y con la ternura que siempre una mujer comprensiva puede crear en un hombre. Sobre todo, si ese hombre se siente tan solitario y olvidado como yo. Y sobre todo, si uno sabe, como yo sabía desde antes de cegarse mis ojos, que esa mujer que se ha convertido en accidental compañera y auxiliar de uno, es tan joven, atractiva y encantadora como Lorna Vincent...

Ella aún no sabía en realidad mis propósitos definitivos. Había estado tentado de revelárselos durante el camino, a bordo del avión. Pero opté por no decir nada. No aún. Debía madurar mis decisiones, concretar mis ideas. Estaba dispuesto a ir a alguna parte. E iba a hacerlo, para bien o para mal.

Descansé con cierta confianza esa noche, por vez primera en varios días. Desperté a la hora prevista. El sol confortable de Florida hería con suave caricia mi piel. Me sentí muy optimista esa mañana. Palpé mi reloj, de esfera en relieve, propio para ciegos. Las ocho en punto.

El Banco estaría abierto ya. Y en él, mi dinero esperando. En una cuenta corriente a nombre supuesto, mediante tarjeta por computador electrónico, al portador. Bastaría introducir mi tarjeta en la ranura correspondiente, y todo estaría hecho. A nadie se le había ocurrido despojarme de mis documentos, cuando pretendieron asesinarme en la bahía. Evidentemente, mis asesinos estaban tan seguros de sí mismos, que cometieron el error de confiarse en exceso.

Ahora, mucha gente me imaginaría sin vida. Otros, creerían saber dónde estaba yo; en el fondo de la bahía.

Ésa sería la convicción de los culpables, de mis enemigos emboscados en la sombra.

Lorna me estaba esperando ya, cuando bajé a almorzar a la terraza del hotel, bajo el suave aroma de las palmeras de Miami Beach. Fue un desayuno frugal y rápido. Luego, ella me condujo hasta un automóvil aparcado en el exterior, un taxi que nos llevó al centro urbano, al Banco. No hablamos por el camino. Era mejor no correr riesgos. Yo me conducía como un turista cualquiera, no como un invidente. Las negras gafas contribuían a darme un aire natural. Nadie podía sospechar mi ceguera. Yo ponía de mi parte cuánto era posible, con la discreta, disimulada ayuda de Lorna Vincent.

Dejamos el taxi ante el Banco. Entramos en éste. Di mi Tarjeta a Lorna, y le di instrucciones. Esperé impaciente, cosa de diez minutos. Poco después, un leve taconeo se aproximó a mí. Una mano suave oprimió la mía.

—Vamos —susurró la voz de ella, junto a mi oído—, ya está.

—¿Sin problemas?

—Sin problemas.

Abandonamos el Banco. De su bolso, pasó a mi bolsillo el fajo de nuevos, crujientes billetes de Banco. Siempre había sentido una indiferencia absoluta por el dinero. Tenía zorruna y no sabía el valor de un billete. Ahora era distinto. De aquel dinero, podía depender todo. Incluso mi vida y mi futuro tal vez.

—¿Y ahora, Lester? —musitó Lorna, cuando subimos a otro taxi.

—Ahora, al aeropuerto. Tomaré un billete para Europa. En el primer vuelo. Espero que te hayas quedado el dinero de la caja, para devolverla al Club Náutico. No sabes lo que te agradezco cuánto has hecho por mí.

—Sí, Lester. Ya recogí quinientos dólares. Lo giraré a Jersey desde la estafeta postal del aeropuerto.

—¿Cómo? ¿No vas a entregarlo tú personalmente, a tu regreso? No será tan urgente...

—Es que no pienso volver todavía a Jersey, Lester —dijo ella, inesperadamente.

—Entiendo. ¿Te quedas algún tiempo en Miami?

—No. Me voy a Europa contigo —respondió inesperadamente Lorna Vincent.

El reactor de TWA dejó atrás la costa de Florida. Se adentró en el Atlántico. Sobrevolábamos la inmensidad azul, salpicada de crestas de blanca espuma, de un paisaje marino que yo no podía ver ni admirar, pero que presentía allá abajo, recibiendo la silueta, la sombra en movimiento del pájaro metálico, del ave de plata que hendía el aire, con el rugido de sus poderosos reactores.

Rumbo a Europa. Rumbo a mi destino.

Y no viajaba solo. Lorna continuaba a mi lado. Como un providencial lazarillo. Como una leal compañera con cuya fidelidad y constancia yo ni siquiera había soñado.

—¿En qué piensas, Lester?

—¿Eh? —me sorprendieron sus palabras, sacándome de mi abstracción. Giré la cabeza, hacia donde ella se encontraba, acomodada junto a mí.

—Te pregunté en qué pensabas...

—Bueno, yo... yo estaba reflexionando ahora. En muchas cosas. Lorna.

—¿Agradables, Lester?

—No del todo. Pero mucho más que antes. Empiezo a sentir alguna esperanza...

—Esperanza, ¿de qué? —musitó Lorna—. No me has dicho aún por qué vas a Europa... No me da la impresión de que estés huyendo de nada en este momento, sino yendo en busca de algo...

—Sí. Voy en busca de mí mismo. De mi futuro. Quizá de mi

propia vida, Lorna.

—No lo entiendo del todo.

—Es fácil. Existe un hombre en Suiza. En Zurich, exactamente.

—Zurich... Y volamos hacia Ginebra ahora...

—Sí. Ese hombre se llama Gessmer. Karl Gessmer. Doctor Karl Gessmer, exactamente.

—¿Doctor?

—Oftalmólogo. Cirugía ocular. Una eminencia mundial.

—Ahora sí entiendo. ¿Pretendes...?

—Pretendo encontrar una esperanza.

—¿Existe?

—Tal vez. No lo sé, Lorna. Es una aventura. Un puro azar...

—Pero eres un hombre rico. Habrás intentado algo cuando... cuando sucedió todo...

—Maisie lo intentó. Gessmer estaba entonces en una convención científica. No pudo ocuparse de mí, pero un ayudante suyo sugirió que, tal vez, al cabo de cierto tiempo, cuando las lesiones estuvieran cicatrizadas, pudieran estudiarme, ver la forma de intentar algo... No garantizaban nada, y rechacé todo eso, desalentado. Un oftalmólogo de nuestro país lo intentó sin éxito... Y ya me negué a más intentonas. No quería volver a depositar mis esperanzas en algo que luego resultara un desastre, una nueva decepción.

—En cambio, ahora...

—En cambio, ahora, Lorna, «quiero» ver. ¡Quiero «ver»... y quiero «vivir»! —hablé, con repentino énfasis.

—Por favor, no eleves la voz —me serenó ella. Sentí la presión de sus dedos sobre mi brazo, con cierta firmeza, no exenta de ternura—. Contrólate, Lester. Ten calma...

—Sí, disculpa —me enjuagué el sudor de la frente con un manotazo. Respiré hondo, dominándome cuanto pude. Mi voz sonó grave, ronca—: Tengo cierta fe... He puesto mi confianza en este viaje, en ese hombre, el doctor Gessmer.

—¿Existe una posibilidad científicamente plausible, Lester?

—Existir, existe. Pero...

—Entiendo. No te sientas demasiado esperanzado. Pero tampoco pierdas la fe. Tal vez todo resulte bien, si ese especialista es tan bueno, y tus lesiones ofrecen una posibilidad de recuperación...

—El especialista, es el mejor —suspiré. Me toqué las sienes,

pensativo—. Ahora, todo depende de mí. De mi nervio óptico, de mi córnea, de lo que sea...

—Dios querrá que todo salga bien.

—Dios... —musité. Incliné la cabeza—. En El confío, sobre todo...

El rumor estruendoso de los reactores, pareció invadir mi cráneo todo, retumbando bajo la bóveda huecamente.

A pesar de ello, me sentí calmado, sereno, sin nervios, sin, irritarme, como últimamente me sucedía con tanta frecuencia.

No supe si era la proximidad sedante de Lorna, o la esperanza de aquella Europa a la que el *jet* de TWA me aproximaba más y más por momentos... Fuese lo que fuese, nunca me sentí mejor en aquellos dos últimos años.

—Lorna... —murmuré de repente.

—¿Sí? —respondió ella.

—Lorna, tu trabajo está en Jersey, en el Club Náutico —hablé.

—Sí, claro.

—Te necesitan allí. Una cosa es dejar el puesto un día o dos... y otra muy diferente ausentarte sin explicación, partiendo hacia Europa...

—Me deben fechas de vacaciones —la oí reír suavemente—. Alguna vez tenía que tomármelas. El Club Náutico no se hundirá sin mi presencia, estoy segura.

—Yo no estaría tan seguro —reí con ella—. Lorna, ¿por qué lo haces?

Hubo una pausa. Ella parecía dudar en su respuesta. Cuando la dio, era lenta, pausada. Y parecía sincera, además:

—Porque quiero ayudarte, Lester.

—¿Sólo por eso?

—Sí, creo que sí.

—Lorna, hemos sido amigos. Buenos amigos, pero nada más. No tienes por qué sacrificarte en nada a causa mía...

—Tal vez sí. Yo, Lester...

—Tú... ¿qué? —indagué.

—Yo hubiera deseado ser tu esposa —tembló su voz un instante.

—¡Lorna!

—No pudo ser. Te conocí como cliente, como socio del club, un año antes de tu boda. Ya ibas en tu yate con Maisie. Erais novios.

No podía competir con ella. Supe perder. Te casaste. Seguiste acudiendo al club. Hasta que aquel día...

Otra vez el silencio, roto solamente por algún murmullo de conversación a bordo. Y por el rugido de los reactores, naturalmente.

—Sí —murmuré—. Hasta que aquel día, todo cambió en mi vida. Debiste competir, Lorna.

—¿Qué dices?

—Maisie y yo... Fue un error. Todo: la boda, la vida en común... Ahora vamos a separarnos. Aunque yo sobre viva, aunque recupere la vista... está liquidado. Terminado todo. Es el fin.

—El fin... —suspiró ella ahogadamente—. Lo siento Lester. Eso no hay médico que pueda arreglarlo.

—No importa. Ya estoy resignado a ello. Es lo demás lo que cuenta ahora.

—Lo demás... ¿Es sólo eso lo que te preocupa, Lester?

—Tal vez sea terriblemente egoísta, pero... sí. Eso es lo único que me preocupa por el momento. Quizá después... No sé, Lorna. Todo es muy confuso ahora. Pero deseo, ante todo, volver a ser yo mismo...

—Y... ¿y si no lo eres?

—Entonces... —Sacudí la cabeza, ensombrecido—. Entonces, no sé lo que haré...

El avión seguía su vuelo sobre el Atlántico. Hacia Europa. Lorna no comentó nada. Yo, tampoco. Creo que ni uno ni otro teníamos ganas de despegar los labios. Y no lo hicimos.

Con Europa, se aproximaba el fin de mi viaje. De mis esperanzas. De mi destino.

El fin... o el principio.

Ésa era la gran incógnita.

La gran incógnita.

Ésa se presentaba realmente ahora. Ahora. A los treinta y ocho días de mi llegada a Ginebra. A los treinta y siete de mi arribada a Zurich.

Y la respuesta estaba en labios de aquel hombre. En aquella persona que ahora empezaba a desprender la venda de mis ojos. Una venda conservada durante casi un mes. Un largo, un interminable mes sumergido en mis tinieblas. Más inmerso que

nunca...

Cuando su voz sonó cerca de mí, fue como el último clarinazo antes de la voz suprema. O antes del apocalipsis final...

—Bien —dijo—. Mantenga cerrados sus ojos todavía, señor Grant...

Le obedecí. Le había obedecido desde el primer momento. Le había hecho caso en todo. Supongo que es lo que debe hacerse con un hombre que cobra casi cincuenta mil dólares por un simple par de horas de consulta, y otras tres o cuatro más en un quirófano...

Sobre todo, cuando ese hombre se llamaba Karl Gessmer, y era el primer oftalmólogo del mundo. Especialmente, en el terreno quirúrgico...

—Doctor, ¿cree usted que...? —Comencé, con mis ojos perfectamente cerrados.

—No creo nada —dijo con su teutónico, seco, duro acento, sin dejar de desenvolver los vendajes de mi cabeza—. Cállese, señor Grant. Espere. Sólo le pido eso: paciencia, espera... Sólo eso.

—Sí, recuerdo. Lo haré así, doctor. Perdone.

—Está perdonado —sonó su voz fría—. Soy humano, aunque usted no lo crea. Le comprendo. Es, usted un paciente. Un enfermo. Yo, el médico. El cirujano. Usted no ve. Yo, sí. Entiendo bien. Soy humano, repito.

Quizá lo era. No lo parecía, en realidad. Acaso ni siquiera lo pretendía. Pero yo entonces, ignoraba cuánto ponía en aquel empeño, cuál era su afán por vencer, con su ciencia, al mal que se le enfrentaba. Era un reto. El eterno reto del dolor y de la enfermedad, ante el bisturí, ante la experiencia, la habilidad, el esfuerzo, el conocimiento humano.

Lo cierto es que terminó de deslizarse la venda en torno mío. Esperé. Esperé con mis ojos cerrados. Esperé, algo; una voz, un comentario, una palabra. Algo, lo que fuese.

—Bien —oí al doctor Gessmer—. ¿A qué espera, señor Grant? Abra ya sus ojos. Lentamente.

Lo hice. Los abrí. Creo que nunca, como entonces, puse en aquel simple movimiento de párpados mis esperanzas...

Luego...

Luego, la gran decepción. El dolor. El caos. El desastre. Total, definitivo.

—No veo, doctor... —gemí—. ¡No veo! Nada... ¡No veo «nada»!

Alrededor mío, en mi tremenda oscuridad, se hizo el silencio. El más terrible, espantoso y largo silencio que jamás he sentido.

—Bueno... —musitó al fin el doctor Gessmer—. Después de todo... lo esperaba.

Tenía razón. Yo también lo había esperado.

Luz.

Era luz. «Luz».

Sencillamente eso, luz. Nada más que eso. Nada menos que eso.

—Luz... —gemí—. ¡Luz...!

—Claro —suspiró el doctor Karl Gessmer—. Era lo que le dije. Era lo esperado.

—Lo esperado... ¡Pero doctor, usted dio a entender que yo... que yo... seguía «ciego»! —Casi grité.

—No, no. Yo nunca dije eso. Solamente que, cuando abrió sus ojos por primera vez... era lógico esperar que no viera nada. Pero todo en usted indicaba... un resultado positivo.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—Que lo hemos logrado. Lo sabía. Usted ve, amigo mío. Usted «ve». Estaba seguro de ello.

—Pero... pero antes... cuando la venda cayó... —Agité mis brazos, enfático—. ¡Cuando eso sucedió, yo seguía en la oscuridad, doctor!

—Claro. No hubiera sido buena una impresión inicial. Sus ojos estaban atrofiados, pero yo podía ver su reacción nerviosa, su pestañeo... Instintivamente, ellos captaron algo de luz, algo de contraste entre claridad y sombra. Luego... luego, esa claridad se hizo más nítida, esa sombra más concreta y perfilada...

—Así fue —admití roncamente. Cerré mis párpados a la luz difusa que podía captar, y todo mi ser se estremeció, inmerso en una profunda sensación de alivio, de esperanza, de bienestar y confianza—. Dios mío, ¿será ello posible, doctor Gessmer...?

—Clínicamente, es posible. Usted apela a Dios. Y en ese terreno, un médico nunca está seguro de nada. Pero si ello está ocurriendo, si ello empieza a suceder, si usted ve ya alguna luz... ¿por qué no creer en el milagro? Después de todo, hasta la mano de un cirujano, hasta el bisturí del médico... puede estar movido por ese poder superior al que usted apela, como todos... También yo, antes de

intervenir en sus ojos, señor Grant... encomendé a Dios mi esfuerzo. Ojalá haya sido escuchado...

—Y fue escuchado, El doctor Gessmer, tú mismo... Fue escuchado el ruego, Lester.

No dije nada. Contemplé las montañas azules y blancas, el cielo nítido, las nubes, los lagos, las casas encaramadas en las laderas de un verde frondoso y exultante. Afirmé despacio, sin hablar.

Luego, Lorna Vincent se cruzó ante mí, como la mejor y más bella de todas las imágenes posibles. Recortándose sobre el fondo montañoso y agreste de Suiza, frente al amplio mirador de la clínica alpina del doctor Gessmer. Espléndida, joven, hermosa, arrolladora incluso. Rubia, esbelta, de senos que se erguían como cimas alpinas hacia el azul, bajo el ceñido suéter verde rabioso, de caderas cimbreantes, de ojos azules como el cielo suizo.

Una imagen deslumbrante. Ella, Suiza, el sol, las nubes, el cielo, las cumbres... Y, sobre todo, la luz misma. Sobre todo, los colores. Sobre todo, ella misma, Lorna Vincent. Todo luz, color, formas, líneas vitales, curvas en su mayoría, como mujer en plenitud que era.

—Lorna... —dije al fin, tras aquel largo silencio.

Sus azules pupilas estaban húmedas. Se inclinó. Se puso de rodillas delante mío. Apoyó sus manos en mis piernas. Creí que iba a adorarme como a un dios pagano. Pero sólo me miró. Me miró, y lloró en silencio. Y habló. Habló poco, ahogadamente.

—Lo logramos, Lester... Lo logramos... —la oí decir.

—Sí. Lo logramos... —murmuré—. Veo, Lorna. Veo, al fin. Se hizo el milagro. El doctor Gessmer, mi fe, acaso Dios mismo... No sé. Nunca lo sabré, estoy seguro.

—¿Qué importa saberlo? Lo que cuenta es que se alcanzó. Vuelves a ser tú. Tú mismo, Lester. El de antes. El de siempre...

—Sí, yo mismo... El de antes del accidente. El Lester Grant que fui toda mi vida... Oh, Dios mío, ¿sabes lo que es estar ciego, Lorna?

—No, no lo sé. Lo imagino. Y tiemblo solo con ello...

—Es para temblar. Uno se resigna a todo. Pero... —Sacudí la cabeza, llené mis ojos de la luz, del color, del mundo que me rodeaba—. Pero esto es volver a la vida. Es volver a ser algo en el mundo, Lorna...

—Sí, Lester. Y ahora... ¿qué?

Nos miramos. Repentinamente, recordé algo. Esto era solamente una parte de mi tragedia. El retorno a la luz. Quedaba algo más; el regreso a la vida, a Jersey. A mi vida de siempre. Y, con ella, a la amenaza latente de un asesino. De dos, tal vez. De un peligro mortal, suspendido sobre mi existencia.

—Ahora... hay que pensar en el regreso —dije ahogadamente.

—El regreso... ¿Estás seguro de eso, Lester?

Asentí. Tomé el queso fundido, caliente, en el tazón del típico mesón suizo. Bebí cerveza con él, y Lorna me imitó. Era una buena cerveza. Fuerte, de alta graduación, espumeante y oscura. Hacía arder la sangre. Y palpar las sienes con rápida pulsación.

—Sí —dije despacio—. Estoy seguro, Lorna.

—Regresar es enfrentarse de nuevo a un peligro cierto...

—Lo sé. No quiero rehuir ese peligro.

—Europa es la calma, la seguridad... Sólo el doctor Gessmer conoce tu verdadera identidad en estos momentos. Él y yo. ¿No es suficiente? Tienes dinero, puedes obtener más... Yo regresaré a Estados Unidos, te ayudaré en lo que sea... Pero aquí estás más seguro que en ninguna parte...

—No se trata sólo de eso, Lorna. No quiero vivir siempre a oscuras.

—Ya no hay oscuridad en tu vida, Lester, como no la hay en tus ojos. Ya has vuelto a abrirlos a la vida, al mundo, a cuánto existe y fue creado...

—No, Lorna. Eso no basta. Hablaba de otra oscuridad. La de mi mente, la de mi espíritu. Alguien deseó mi muerte, allá en Estados Unidos. Oficialmente, ahora estaré muerto acaso para todos. Legalmente, no. Mi cuerpo no apareció. Y la ley prescribe un tiempo prudencial para convertir a un desaparecido en un ser fallecido. Alguien se siente seguro, tranquilo, feliz...

—Alguien que es un asesino, Lester —me recordó ella, contemplándome muy fija.

—Claro —sonreí—. Un feroz, un despiadado asesino que me conoce bien, Lorna. ¿Imaginas lo que significará para él mi regreso? Un mazazo demoledor, sin duda.

—Y una decepción terrible. Intentará matarte de nuevo...

—Claro que lo intentará —solté una seca carcajada—. De eso no

hay ninguna duda.

—Entonces, ¿por qué volver? Fracasó dos veces. La tercera puede ser definitiva...

—Oh, claro que puede serlo. Correré el riesgo. Pero recuerda que fracasó, siendo yo un inválido, un ciego indefenso. Ahora, que poseo el don de la vista... ¿qué ocurrirá?

—Lester... —Ella aferró mi mano con energía, casi rabiosamente—. Lester, entonces era diferente. Se enfrentaban a un invidente. No tenían que apurar sus recursos, pero ahora... ahora será muy distinto. Sabiendo que tú puedes ver ya... ¿qué harán para destruirte?

La contemplé, risueño, enigmático. Me eché a reír de repente. Y mi respuesta, la dejó confusa, perpleja, repentinamente aturdida:

—Estás hablando de la posibilidad de que ellos, mis enemigos, mis asesinos, «sepan» que yo he recuperado el don de la vista. Pero ¿y si ellos lo ignorasen? ¿Y si Lester Grant regresa a Jersey... tal y como se fue? ¿Y si vuelvo fingiendo ser el mismo ciego de entonces, amiga mía? ¿Cómo obrará entonces el asesino?

CAPÍTULO VI

El asesino...

¿Cómo obraría el asesino? ¿Cómo?

Era uno de ellos. Uno de aquellos seres que yo veía frente a mí, a través de mis lentillas de contacto, del color exacto de mis ojos, pero levemente nebulosas, fingiendo mi ceguera anterior.

Sólo que ahora, todo era diferente. Sólo que ahora, yo... yo «les veía» a todos. A los once. Los once seres a quienes yo había aprendido a conocer solamente por sus voces, su modo de andar, sus peculiares perfumes, lociones o masajes faciales. Por esas mil y una cosa aparentemente intrascendentes, que para un invidente cobran valor decisivo, en las sombras tremendas de su vida interior y aislada.

Once seres harto conocidos... Alguno de ellos, sólo profesionalmente, claro. El doctor Glenn Markham, mi médico particular; la enfermera Linda Hixman, bastante más opulenta, morena y provocativa de lo que yo imaginé anteriormente, en mi vida oscura y distante... Gus Dykers, el rudo jardinero de manos fuertes y grandes; Kate Kane, robusta matrona al servicio de la cocina, David Mallory, sobrio y canoso mayordomo, digno de una novela británica de misterio.

Y con ellos, el propio teniente Edward Vaughan, pelirrojo y rudo, macizo y fuerte. Y mi joven y esbelto secretario, Richard McCain. B incluso mi socio industrial, Marty Ritter, con su aire a lo Cary Grant, en tiempos de su hegemonía como galán cinematográfico.

Después, parientes, familia, gente de la casa, propiamente dicha: Jennie Grant, mi bonita y rubia sobrina, de pálido rostro y ojos grises. Warren Shark, mi primo segundo. Chad Donovan, mi mejor amigo de siempre...

Faltaba alguien. Quizá el más importante de todos. Le busqué

con la mirada, disimuladamente, con aire abstraído, con la rigidez de cuello de un auténtico ciego. Igual que entonces. Como si el doctor Gessmer, allá en Suiza, no hubiera devuelto a mis ojos la luz, las formas, el color...

—Bienvenido a casa, tío Lester —me saludó en primer lugar ella, la pálida y rubia Jennie Grant, mi sobrina.

—Gracias, Jennie, sobrina —dije dulcemente, como si no la viese en absoluto. Di unos cortos, lentos, torpes pasos por la estancia—. Es... es hermoso volver...

—¿Tú crees? —dudó Chad Donovan, enarcando las cejas.

Le miré. Él no sabía que le miraba, pero lo estaba haciendo. Me pareció irónico, extraño, como lleno de sarcasmo por algo que yo no lograba entender.

—Claro —admití—. Sufrí otro maldito accidente. Alguien me recogió en la bahía, a punto de ahogarme. No sé quién era. Un amigo que no quiso dar su nombre. Me tuvo en su casa. Me recuperé allí. Y he vuelto. He vuelto para reunirme con todos vosotros...

—Es una gran noticia, Lester —era Marty Ritter, mi socio, quien hablaba ahora—. Llegamos a darte por muerto. Incluso la policía lo hizo, ¿no es cierto, teniente?

—Sí —confesó Vaughan, sin quitar sus ojos pensativos y graves de mi rostro—. Es cierto, amigo Lester. Oficialmente, usted era un desaparecido. Pero ciertos indicios, nos hacían temer que fuera algo más que eso. Concretamente... un cadáver.

—¿Qué indicios, teniente? —Sonreí, con la curiosa inexpresividad propia de los invidentes.

—Bueno, se hallaron objetos suyos en la bahía... Un pañuelo, unos zapatos... Incluso un sombrero de fieltro, a cuadros, que llevaba a veces...

—Alguien arregló todo eso, teniente, para hacer creer que me asesinaron.

—¿Insiste en su historia del pretendido crimen a cometer en su persona? —Gruñó el policía.

—Claro —afirmé, rotundo—. Siempre lo dije. No tengo motivos para pensar otra cosa.

—¿Va a referirme cómo fue su «accidente» en la bahía? —indagó Vaughan, vivamente.

No dije nada. Tras mis lentillas, miré a todos los presentes. No hallé indicio revelador alguno en ninguna de las personas presentes en mi llegada. Sorpresa, curiosidad, e incluso incomodidad, había en muchos de ellos. Pero nada especialmente revelador.

—Más tarde —dije, algo seco—. Noto en falta la ausencia de una voz.

—Ya —Vaughan miró significativamente a Chad Donovan, mi amigo. Y a Jennie, y a Warren. No supe por qué, pero me inquietó—. ¿Se refiere... se refiere... a Maisie, su esposa?

—Eso es —dije, fingiendo buscar, con mi cabeza, por toda la sala—. Maisie. No la oí hablar aún. No me dio la bienvenida. ¿Qué le ocurre? ¿No está aquí?

—No. No está —dijo Vaughan, cosa que yo sabía ya por mí mismo.

—¿Por qué? ¿Acaso está enferma, ausente...?

—Peor que eso, Grant —habló con acritud Ritter, mi socio—. «La asesinaron».

—Maisie... Asesinada...

—Sí. Ritter, su socio, dijo la verdad.

—¡Asesinada! ¡Eso es imposible!

—No lo es. Sucedió, Grant. Oficialmente, clínicamente, a todos los efectos, en suma... su esposa ha muerto.

—Pero... pero ¿cómo sucedió? —Mi agitación casi me impedía razonar, controlar mis propios gestos—. Ella estaba llena de vida cuando yo... cuando yo me ausenté...

—No sé cómo se ausentó usted. Hemos investigado eso, sin ningún resultado práctico. Pero sí sabemos «cómo» murió Maisie Grant —el tono de voz del teniente Vaughan era machacón, frío y lleno de profesional indiferencia—. Justamente el día que usted desapareció... ella fue encontrada muerta. Aquí. De dos disparos en la cabeza. No fue un espectáculo muy agradable, puede creerme.

—Dos disparos...

—De pistola automática. Una «32» a quemarropa. Destrozó su cráneo, su rostro... Un asesinato horripilante.

—Dios mío... —Cubrí mi rostro con ambas manos—. Entiendo ahora...

—¿Qué entiende? —quiso saber Vaughan, inclinándose hacia mí.

—Lo sucedido entonces... —gemí—. Fue cuando hablábamos los dos... Yo tenía el arma. Era mía, teniente.

—¿Suya? ¿Confiesa que su arma mató a Maisie?

—No puedo jurarlo, pero yo tenía una «32» automática... Me la arrebataron. Alguien entró aquí, atacó a Maisie... La oí gritar, tal vez caer... Luego, me derribaron a mí, me condujeron a una canoa a motor, me arrojaron a la bahía, dentro de un plástico, encadenado...

—¿Y usted se liberó de eso? —La voz del teniente era escéptica ahora. Como su gesto, que vi al alzar el rostro, fingiendo ser el ciego de entonces.

—Tuve suerte. No me despojaron de una pequeña navaja automática. Pude librarme de ligaduras, salir del plástico, emerger... Una persona amiga, cuya identidad no hace el caso, me ayudó en todo.

—¿Y todo este tiempo? Casi mes y medio... ¿dónde lo pasó, Lester?

—Oculto. Tenía miedo. Me protegieron. No me decidía a volver a casa, sabiendo que alguien quería asesinarme...

—Es raro. ¿Y nadie le informó del asesinato de su esposa? ¿No oyó la radio ni un receptor de televisión? ¿No le leyeron la noticia en los diarios?

—No —negué—. En... en donde yo estaba... nadie me habló de ello. Quizá porque tampoco dije a nadie quién era yo realmente...

—Extraña actitud. ¿Por qué la adoptó?

—Me sentía amenazado, acosado, perseguido, en peligro... ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar, teniente Vaughan?

—No lo sé —confesó él—. No es a mí a quien debe convencer de todo eso, sino a... al jurado que dictaminará en su caso.

—¿Al... jurado? —repetí, atónito.

—Eso dije. Al jurado, al juez, al fiscal del distrito de Jersey...

—Pero... pero ¿qué está diciendo? —mascullé, aturdido, indeciso.

—Lo que ha oído, Lester. Va a ser acusado usted de asesinato.

—¿Qué? —rugí.

—Asesinato en primer grado. De su esposa, Maisie Grant.

—¿Se han vuelto todos locos? —grité—. ¿Yo... asesinar a Maisie? ¿Quién dice semejante estupidez?

—El —dijo fría, escuetamente, el teniente Vaughan, señalando hacia la puerta del jardín situada a mis espaldas—. Él le acusó, él es su testigo de cargo, Grant...

Me volví, como una centella. No sé si revelé algo, pero mis ojos vieron perfectamente al hombre que había aparecido, calmoso, con unas podaderas en su mano, en el umbral de la puerta-balcón de la amplia estancia.

—Lo siento, señor —dijo el hombre, frotándose sus sucias manos en el pantalón de recio tejido azul oscuro—. Es lo que yo vi aquel día... Era mi obligación confesarlo... Después de todo... todo este tiempo pensé que usted había huido o se había suicidado... y no encontré inconveniente alguno en ser sincero, por encima de mi lealtad a un empleo... Usted mató aquel día a la señora. Yo lo vi.

Era Gus Dykers, mi jardinero.

Y tras su tremenda acusación, miró al teniente Vaughan como si se disculpara de su ingrato papel en aquel drama.

Yo recordé entonces su voz.

Supe que la había oído en el cenador, aquel día. Supe que Gus Dykers, el jardinero, era uno de los asesinos. Supe, también, al ver el rasguño ya cicatrizado de su sien, bajo el mechón de pelo canoso, que él fue mi atacante en el dormitorio, la primera vez...

Pero nada de eso podía probarlo yo. El, en cambio, estaba acusándome de asesinato.

Del asesinato de Maisie, mi propia esposa...

—¿Va a confesar, Lester?

—No. Ese hombre miente. Yo no maté a Maisie. Jamás lo hubiera hecho.

—No se amaban. Ella quería separarse. Discutieron. Sacó su arma. Y disparó.

—Es mentira. Discutimos sobre otros temas. No nos amábamos. Íbamos a separarnos. Yo estaba de acuerdo en eso. Disparé contra alguien que atacó a Maisie. Es todo.

—Usted está ciego, Grant. No puede asegurar que no hiriera a Maisie, incluso sin quererlo. Admita, cuando menos, esa posibilidad. Un accidente trágico, acaso un error terrible. No es igual que matar a conciencia...

—No puedo admitir eso. No disparé sobre ella. Un ciego no ve, teniente. Pero tampoco dispararé jamás sobre una persona querida

a quien no desea hacer daño.

—¿Quería realmente a Maisie?

—Vaughan, es una pregunta nauseabunda. Era mi esposa.

—¿La quería? —insistió él, casi echándose sobre mí.

—Tal vez no la amaba. Pero no la odiaba. Es más: sentía afecto por ella. No era culpable de nuestra desavenencia, como acaso tampoco lo fuese yo. Son cosas que ocurren. Y tienen remedio.

—Su abogado ha declarado. Ella tramitaba la separación, sin avisarle previamente a usted.

—Eso quedó subsanado entre ambos. Yo lo descubrí. Ella temía mi reacción, mi amargura, mi desesperanza. No fue así. Íbamos a romper los lazos legales. Y a seguir siendo amigos, sin un reproche siquiera.

—Es lo que usted dice. Dykers dice otra cosa. Discutían, usted disparó... Ella cayó, ensangrentada, cuando usted disparaba de nuevo... —Sacudió la cabeza, pegando un golpe seco sobre las tapas del *dossier*—. Está aquí. Firmado. Es una evidencia terrible.

—Es mentira. Dykers miente.

—¿Por qué motivo habría de mentir su jardinero. Lester?

—Porque... porque él es uno de los asesinos.

Pestañeó el teniente, mirándome sorprendido. Mi firmeza le desorientaba. Pero su gesto seguía siendo escéptico.

—No pretenderá a su vez, acusar a un testigo de... de estar confabulado también contra usted... —me reprochó.

—No es que «también» esté confabulado —me irrité—. Es que él es uno de los dos enemigos que me acechaban en la sombra. Seguro que me atacó él aquella noche, en mi alcoba.

—¿Por qué cree eso?

—Por... por sus manos rudas, fuertes... Si al menos tuviera alguna señal, alguna cicatriz del golpe de la estatuilla... —dije, cáusticamente, recordando su herida en la sien.

El teniente dio un leve respingo. Me miró, perplejo. Meneó la cabeza.

—«Tiene» esa herida —admitió lealmente—. Pero también tiene otras. Las plantas producen rasguños, cortes, heridas... No prueba nada, Lester.

—Oh, claro que no. A usted, no. A mí, sí.

—Si Dykers fuese uno de ellos... ¿quién sería el otro?

—¿Qué sé yo? —Me enfurecí—. Puede ser cualquiera de esta casa, teniente. Pero lo cierto es que Dykers miente.

—Su palabra pesará en el proceso. Es testigo del fiscal. Usted es un invidente... ¿Cómo espera salir adelante frente a su testimonio y frente al acoso verbal de la acusación?

—No lo sé. Pero saldré, teniente Vaughan.

—Durante más de un mes, figuró como desaparecido —recitó, paseando por la oficina del Departamento de Policía de Jersey City, frente a mí, imaginando que yo no le veía en absoluto—. No sabía si había huido o se suicidó. Me incliné por esta última versión. De repente, usted regresa tan tranquilo, fingiendo no saber nada de lo que sucedió, como si todo continuara igual en su vida, como si Maisie estuviera esperándole allí, en un ambiente de paz y sosiego... De verdad que no lo entiendo. O es usted endiabladamente listo, Lester... o el hombre más tonto del mundo.

—No tenía por qué ocultarme, una vez pasado ese trance —murmuré—. Volví a mi vida habitual. Sin saber siquiera que a Maisie le hubiera ocurrido nada...

—Lester, he sido amigo suyo durante años enteros. Quisiera ayudarle en algo... y no sé cómo hacerlo. No puedo correr el riesgo de prestar mi ayuda a un criminal.

—Sinceramente, ¿usted cree que yo sea culpable?

—No sé qué pensar. Cuando le entregue al fiscal, mi criterio no contará mucho. Será solamente el de él, el del juez, el de los miembros del jurado... La misión de un policía termina cuando arresta a un presunto culpable, contra el que hay testigos que afirman algo tan grave. Luego, es cuestión judicial poner las cosas en claro.

—O dejarlas tan oscuras como en un principio, condenando a un inocente —dije, sarcástico.

—También es posible —se encogió de hombros—. Los policías no somos responsables de los errores judiciales que se produzcan, Lester.

¿Ha resuelto... entregarme al fiscal?

—Sí —inclinó la cabeza—. Está decidido.

—¿Cuándo lo hará?

—Hoy mismo. Ahora.

—Teniente, por esa amistad que usted invocó antes... —

Comencé.

—No me pida nada. No puedo concederlo. Es mi deber, Lester.

—Lo sé. Pero ¿qué puede temer de un hombre ciego, como yo? No puedo huir, niirme muy lejos de aquí... Todo el mundo me conoce, mis posibilidades son limitadas...

—¿Qué pretende dar a entender con todo eso?

—Teniente, quisiera... quisiera pedirle un gran favor.

—Denegado de antemano —cortó, acerado.

—Escúcheme —rogué—. Sólo le pido veinticuatro horas. Nada más ese plazo de tiempo.

—¿Para qué?

—Para demostrar mi inocencia. Y para entregarle al asesino de Maisie, al que intentó asesinarme también a mí...

—No —rechazó—. No quiero correr riesgos.

—Teniente, no puede temer nada de mí. No soy un ser normal, como los demás. No puedo valerme por mí mismo... Estoy ciego...

—Aunque le diese ese plazo, ¿de qué iba a servirle? Usted lo ha dicho; no puede valerse por sí mismo. No puede ver siquiera a su alrededor, a la gente que le rodea. ¿Qué espera lograr, en tales condiciones?

—Eso es cosa mía, teniente. Tengo una cierta idea, una sospecha... Debe dejar que la confirme.

—¿Y si no lo lograrse?

—Entonces... dentro de veinticuatro horas, exactamente, me entregaré a usted —palpé mi reloj en relieve, sin cristal protector, como el perfecto invidente que fuera yo hasta entonces. Añadí, pausado—: Son ahora las seis de la tarde. A las seis de mañana, como máximo, estaré de nuevo en sus manos. Dócilmente. Sin resistencia alguna. Bien para entregarle a los culpables... o bien para entregarme yo mismo, sin objeción alguna.

—No tiene sentido. No conseguirá nada. Y podría escapar, pese a todo. Tiene dinero, medios, amistades, gente que le debe favores...

—Le daré mi palabra de no escapar bajo ningún pretexto —suspíré.

—¿Prometido? ¿Cumplirá su palabra?

—Juro que no intentaré escapar. Juro volver a sus manos en veinticuatro horas. Tiene mi palabra. Tan cierto como que mis ojos

no ven luz ni figura alguna, le aseguro que será el cumplimiento de mi promesa. ¿Duda de ello, teniente?

—No —dijo Vaughan, tras una última duda—. Váyase. Y recuerde: son veinticuatro horas. Solamente un día... Ha dado su palabra, Lester.

—He dado mi palabra. Tan cierto como que soy un hombre invidente, un hombre que no ve ahora su rostro, teniente... —Le miré, casi con cinismo, sin que él lo advirtiera. Luego, sonreí. Le tendí mi mano—. Gracias, Vaughan. Hasta mañana a las seis en punto...

Me estrechó la mano. Aceptó mi palabra.

Imaginé lo que diría veinticuatro horas más tarde, cuando supiera que yo había desaparecido. Después de todo, no haría sino ser fiel a mi palabra.

Tan cierto como que yo era ciego, que me entregaría de nuevo a la ley.

Y así lo hice. Como mis ojos eran ya iguales a los de cualquier otro, cumplí al pie de la letra ese juramento...

—Lester... ¿Qué esperas lograr con esto?

Sacudí la cabeza, vacilante. Tomé un sorbo de café, y miré por la vidriera, a la carretera, intentando ver algo. La cortina de ruidosa lluvia, me lo impidió. En la noche, las luces eran solamente halos de claridad lechosa, perdida en el aguacero.

—No sé —admití, pestañeando bajo los parpadeos azules y rojos del fluorescente exterior del local de carretera, junto al puesto de gasolina—. Cualquier cosa menos dejarme encerrar.

—Si Vaughan te echa el guante ahora, no va a soltarte ya por nada del mundo.

—Cielos, claro que no —mascullé—. Pero a ti puede cogerte por cómplice y encubridora...

—Yo no importo demasiado, Lester —rechazó Lorna, encogiéndose de hombros—. Quiero ayudarte. Y te ayudaré por encima de todo, estate seguro de eso.

—Eres maravillosa... —la contemplé largamente. Luego, sonreí—. ¿Has pensado que pude haberte engañado, que pude haber asesinado a Maisie aquel día y...?

—Sí. Lo he pensado —admitió ella, sorprendentemente.

—¿Entonces...? —dudé, aturdido.

—Estoy segura de que no fue así. Sé que no puedes ser un asesino. Dijiste la verdad. Toda la verdad, Lester. Por eso estoy a tu lado.

Miré de nuevo al exterior. Pasaron los faros de un veloz turismo. Y los de un lento, pesado camión con remolque. La lluvia arreciaba. Era una noche infernal. Estábamos lejos de Jersey City. Y de la bahía. Y de mi casa. Lejos de todo. En la carretera general a Atlantic City, pero por el interior.

—Gracias —musité, emocionado casi—. Gracias, Lorna... Tomé sus manos. Las oprimí con afecto, con ternura.

Estaban frías, estremecidas. Ella me miró tiernamente. La vi temblar un instante. Luego, desvió su bonita mirada color parduzca.

—No hables así —susurró—. Somos amigos, ¿no?

—Claro —admití—. Somos amigos...

Recordé a todos los demás, allá en la casa de Jersey, en la proximidad del litoral. En un instante, todo desfiló por mi memoria, por aquellos ojos que siempre siguieron viendo las cosas en las tinieblas de mi ceguera: los de mi mente.

Maisie y su egoísmo. Jennie, Warren, el doctor Markham... Y Chad Don ovan, y Marty Ritter... Y el jardinero embustero, el falso testigo, el cómplice en un crimen fallido, y en otro que no falló...

Tantas cosas, tantas personas, tantos recuerdos, tantas imágenes sin forma, dibujadas en el negro fondo de mi oscuridad.

—Aquel día nos quedamos solos... Maisie y yo, en toda la casa —comenté, con voz ronca, fija mi vista en la noche lluviosa, más allá de la cristalera del parador del camino—. Alguien convenció a todos de que se fueran, por uno u otro motivo... Hacía sol, incluso calor... Un día radiante, sin aparente peligro... Yo pregunté algo a Maisie. Ella iba a decirme de quién fue la idea de ausentarse unos y otros... Entonces la golpearon. Cayó... Yo saqué mi arma, disparé al azar... Me golpearon, me desarmaron... Perdí el sentido, Lorna. Desperté en la canoa, sobre el mar, cuando iban a arrojarme al fondo de la bahía... Entretanto, todo había sucedido ya. El asesinato. La muerte de Maisie. Con mi propia arma... A quemarropa. La destrozaron, pobre Maisie... Todo para acusarme a mí. Y para ocultar el crimen. Los dos, una vez muertos... ¿a quién podíamos beneficiar, Lorna? ¿A quién?

—Tu familia, Lester... —dijo ella, mirándome muy fijamente.

—Sí —vi chispear vetas doradas en el pardo de sus ojos hermosos—. Sí, Lorna... Mi familia... No hay nadie más. Una reducida, muy reducida familia, ahora que Maisie ya no existe. ¿Te das cuenta, Lorna?

—Tus parientes más cercanos, tus herederos... son... son...

—Son Jennie, mi sobrina. Mi dulce y afectuosa sobrina Jennie —recité—. Y mi primo. Mi buen primo Warren Shark...

—¿Sospechas que ellos...?

—No sospecho nada. Solamente analizo la situación, estudio posibilidades... Lorna, está también Chad... Mi amigo Chad. Mi mejor amigo...

—¿Chad Donovan? Le creí al margen de sospechas. Es tu amigo, tu camarada...

—Corteja a Jennie. Acaso se lleguen a casar. Si es así, sería partícipe de una gran fortuna: la que Jennie herede de mí...

—Vas demasiado lejos, ¿no crees?

—Apuro todas las posibilidades. Mi secretario pudo estafarme, quererme ver muerto, para que no investigase fraudes en mi economía... También Ritter, mi socio, pudo hacerlo. Pero ambos no tendrían motivo para terminar con Maisie... salvo temer que ella, como heredera directa mía, descubriera sus fraudes al revisar las cuentas... Un riesgo que correrían también con Jennie o con Warren. Sobre todo con Warren, que es un minucioso contable...

—En resumen; todos pueden ser culpables...

—Sí, todos —acepté—. Incluso el doctor Markham, la enfermera Hixman...

—Lester, ¿también ellos?

—¿Por qué no? Markham es mi médico personal... y también de Maisie. Acaso ocurrió algo entre ellos, y Maisie le hizo depositario de algo suyo. Ella tenía sus propias cuentas corrientes, su dinero... Pudo temer que yo averiguase algo al venir la separación legal... En cuanto a la bonita enfermera Linda Hixman... creo que Warren mosconeaba mucho en torno suyo. Sería otra razón para buscar un novio o un amante rico, heredero de una fortuna fácil...

—Es apurar tanto las cosas, que roza la obsesión, Lester. ¿Por qué dudar de todos?

—Porque alguien no es lo que parece. Alguien miente, finge su papel. Como Dykers.

—Dykers... ¿Por qué no centrar todo en ese jardinero que mintió, acusándote de un delito que jamás cometiste? De eso sí que no hay duda; si él miente, es porque sabe quién lo hizo en realidad. Y juega sus bazas a favor del auténtico asesino de tu esposa, Lester...

—Por supuesto. Dykers es algo más que un testigo embustero, mucho más que un perjuró. Es... un miembro del grupo. Un cómplice del criminal.

—¿Por qué no ocuparte de él, entonces? —se sorprendió Lorna Vincent.

Me eché a reír, apartando la taza de café y el plato vacío, donde me sirvieran los huevos con tocino de mi frugal cena. Miré fijamente a Lorna, por encima de la mesa de aquel aislado parador, camino de Atlantic City.

—¿Qué crees que estoy haciendo, entonces? —dije con voz fría y acerada—. Gus Dykers, mi jardinero, ha abandonado Jersey City, a raíz de su papel en este embrollo asqueroso... Su domicilio habitual estuvo siempre en Medford... Y allá nos dirigimos ahora tú y yo, Lorna. A un negocio de jardinería y plantas que posee Dykers en Medford, asociado a su prima Cheryl Dykers...

CAPÍTULO VII

Cheryl Dykers era una mujer más digna de figurar en las páginas de una publicación erótica que al frente de un negocio de jardinería, especializado en diminutos jardines japoneses.

Poseía todo lo adecuado para posar en fotografías pornográficas, desde unos senos robustos y macizos, que exhibía generosamente bajo su escotada blusa, hasta las ampulosas caderas, pasando por unas nalgas prominentes y agresivas. Además, se complacía en mostrar lo generosa que había sido con ella la madre Naturaleza, y cualquiera hubiera olvidado en un instante los jardines, las plantas y las semillas, apenas se viese frente a aquel ejemplar voluptuoso y exhibicionista.

Yo, no. No podía ni quería olvidar nada que no fuese el objeto de mi visita. Y la prima de Dykers no era sino un elemento más en el *puzzle* endiablado que andaba recomponiendo, en lucha contra el tiempo y un sinfín de cosas más.

—Hola —me saludó ella, melosa, inclinándose hacia mí lo más posible, con todas sus consecuencias—. Endiablada noche, ¿eh?

—Endiablada de veras —admití, bajo la marquesina de su fachada bien iluminada, en la calle lluviosa de Medford. Miré las vidrieras del invernadero vecino, con su exposición de plantas exóticas, y sus bellos jardines japoneses—. ¿No está Gus aquí?

—¿Gus? No, rara vez anda en el negocio. O trabaja fuera, o se va a beber por ahí —hizo un encogimiento de hombros, y me invitó a pasar—. Si quiere comprar algo, puede entrar y elegir. La noche no está para pasarla a la intemperie, señor...

—Scott —mentí, rápido—. Martín Scott. Gracias, señorita Dykers. Gus me habló de usted en otra ocasión...

—¿Gus? ¿Le conoce bien?

—Sí, muy bien —asentí, sonriendo—. Nos vimos recientemente, cerca de Jersey City, en la finca donde trabajaba entonces... Me dijo

que iba a dejar ese trabajo...

—Oh, Gus siempre fue igual. Era un buen trabajo. Pero se vio metido en un lío, fue testigo de algo... y decidió volver a casa. Sólo regresará para prestar declaración y todas esas cosas. Pero en vez de ser jardinero de nadie, lo será aquí, en nuestro negocio. Ya lo descuidó demasiado tiempo, por culpa de ese trabajo estúpido, al servicio de un tipo ciego que asesinó a su mujer, nada menos... ¡Uf, vaya gentuza que hay entre los de dinero, amigo!

—Seguro que sí —la estudiaba con interés, de soslayo. Habíamos entrado en una amplia sala, repleta de muestras de plantas, fotografías en color de jardines y macetas frondosas, y la opulenta Cheryl Dykers, al acomodarse en una butaca, ofreciéndome la inmediata, no tuvo remilgos en exhibir sus piernas generosamente, al tiempo que encaramaba procazmente sus nalgas, en una actitud agresiva—. De modo que su primo Gus ha sido testigo de un crimen de esa clase...

—Así fue, en efecto. Está disgustado con ello, eso es claro. Por eso bebe más de la cuenta estos últimos días... Claro que reunió un buen dinero en pocos meses de trabajo, porque el sueldo era muy elevado...

—Yo tuve una vez un jardinero —dije, como al azar—. Y le pagaba nada menos que doscientos dólares mensuales...

—Oh, eso no es nada —protestó ella, riendo. Sus prominentes pechos se agitaron—. A Gus le pagaron quinientos mensuales. Y al despedirse, el administrador de su jefe le abonó cinco mil de gratificación, pensando comprar así su testimonio, pero no contó con la honradez de mi primo...

Era mentira todo; el sueldo, la gratificación. Todo. Gus traía dinero abundante, eso no lo dudé. Pero no mío. No pagado por mí ni por McCain, mi secretario.

—Bueno, dejemos eso ahora —sonreí—. Me gustaría ver a Gus personalmente, pero ya que no ha venido, adquiriré ahora esas plantas que necesito. ¿Quiere llevarme al invernadero? Debo elegir algo realmente bueno. Pagaré bien, señorita Dykers...

—Claro —rió, incorporándose—. Venga conmigo. Me gusta servir a los buenos clientes...

Era verdad. En el invernadero, me atendió solícita. No todo fue mostrarme plantas. Me hizo otra clase de exhibiciones. A mí me

convenía ganarme sus simpatías. Fingí entusiasmarme. Y tuve que hacerlo, con todas sus consecuencias.

Gus fue muy inoportuno.

Entró justamente cuando yo empezaba a preguntarme si era el cuerpo exuberante de ella el que se dejaba ceñir por mis brazos, o era yo quien desaparecía entre los suyos, dominado por aquel ejemplar apasionado y opulento.

Entró, y lanzó un grito agudo a mis espaldas. Me revolví, clavando mis ojos en él.

Gus Dykers, mi jardinero, estaba lívido. Le vi balbucear, señalándome atónito:

—¡Cheryl! ¿Qué diablos estás haciendo? ¡Ese hombre ese ciego... es mi jefe, Lester Grant! ¡Es el asesino de su mujer...!

—¿Ciego? —Cheryl Dykers rió de buen grado, sin soltarme siquiera—. Estás borracho, querido primo. Este amigo no es ciego ni manco, eso puedo jurártelo yo...

—Ya lo oíste, Gus —dije fríamente, soltándola a ella a duras penas, para encaramarme con él—. No soy ciego. La prueba es que te estoy mirando. Estás pálido, pestañeas, tiembla tu boca, me señalas con brazo tembloroso... Te apoyas en esa jardinera azul, de mosaicos... ¿Crees que Lester Grant te vería de ese modo, Gus Dykers...?

El entendió entonces. Creo que sí entendió. Y, exhalando un terrible, largo alarido de pavor, dio media vuelta y echó a correr, perdiéndose bajo la copiosa lluvia de la noche, en las calles provincianas de Medford.

Yo le seguí. A pesar de que Cheryl intentó retenerme contra sus macizas formas, yo corrí en pos de Gus Dykers, el testigo falso de mi falso asesinato...

Le vi chapotear en dos charcos, no lejos de mí, allá bajo la cortina de agua torrencial. No llegó a caer, pese a que patinó en ambas ocasiones, con precario equilibrio. Creo que su propio pánico, su desesperación en la fuga, le impidieron ir contra el suelo, negro y charolado, salpicado de oscuros embalses de agua, donde su calzado sonaba torpemente, como patas de un palmípedo asustado.

Le seguí con celeridad, dispuesto a todo. Desde una esquina, Lorna asestó sobre su figura los faros del coche de segunda mano, que habíamos arrendado en el camino de Atlantic City.

Dykers se tapó con la mano, deslumbrado, tratando de rehuir aquella luz cegadora, y dio media vuelta, buscando la evasión en una callejuela angosta y oscura, al lado opuesto de la calle.

No circulaba nadie, bajo aquel aguacero, salvo el propio jardinero y yo. Poco más tarde, Lorna se unió a mí, a alguna distancia, empuñando una llave inglesa, en previsión de cualquier posible riesgo violento.

Dykers se escapaba de entre mis manos, como se resbala una anguila en el agua. Yo no quería que eso sucediera, en modo alguno. Estaba dispuesto a llegar hasta donde fuese, para darle alcance a toda costa. Dykers era el falso testigo. Era un cómplice o un encubridor, en un complot criminal realmente demoníaco. No estaba dispuesto a dejarle huir. No ahora, en que la terrible impresión de verse frente a un Lester Grant dotado de la capacidad de ver, le había sumido en una espantosa confusión y terror. Si alguna vez podía confesar Gus Dykers la verdad, era ahora. Cuando pasara el tiempo y razonase un poco, resultaría mucho menos asequible.

—¡Será inútil cuánto intentes por huir, Dykers! —grité—. No es un ciego quien te persigue, sino un hombre capaz de verte en todo momento, como vio el crimen de aquel día, en la finca...

Esto, naturalmente, era mentira. Pero ¿lo podía saber él, encarado ahora a la increíble verdad de una víctima propiciatoria, indefensa, invidente... convertida de súbito en un ser normal, como cualquier otro, dotado de la capacidad visual?

No. Gus Dykers no entendía aquello. Y tenía miedo. Estaba horrorizado. Quería huir, tener tiempo y ocasión para pensar, para pretender razonar... Algo que yo no estaba dispuesto a concederle a ningún precio.

Él era el eslabón. Mi único eslabón en la tenebrosa cadena. Y no iba a dejarlo perder estúpidamente.

No lo perdería. Repentinamente, en medio del callejón angosto, mal pavimentado, tropezó y cayó de bruces, chapoteando furioso en un charco negro. Se revolvió, pretendiendo incorporarse, seguir huyendo. Yo estaba ya ante él. A muy escasa distancia. Me miró, con rostro enfangado, lleno de terror.

—Terminó el juego, Dykers —dije—. Ahora vamos a hablar por fin tú y yo...

En algo tuve razón. El juego había terminado. Pero Dykers y yo jamás hablamos.

No hablamos, porque la muerte llegó antes.

Lo supe cuando asesinaron a Gus Dykers, allí mismo, frente a mis ojos recién abiertos a la luz, a las formas y los colores...

Entonces supe que había perdido el único eslabón...

Primero pensé que alguien estaba descorchando champaña para celebrar algo. Mi triunfo sobre Dykers y su mentira, por ejemplo.

Fui un ingenuo. No era champaña lo que se descorchaba. Nadie destapó botellas espumosas para celebrar cosa alguna. Lo que hizo alguien, fue apretar el gatillo de un arma dotada de silenciador, durante tres veces consecutivas, rápidas y precisas.

Tres taponazos. Sólo eso parecían los ahogados «ploc, ploc, ploc...» del arma de fuego silenciosa.

Gus Dykers chilló. Aguda, desesperadamente. Se revolvió sobre sí mismo, violentamente. Vi su rostro, repentinamente ensangrentado. Su cuerpo, con dos salpicaduras violentas, de un rojo denso y viscoso, que se mezcló con el agua de lluvia y el fango, a la altura de sus pulmones y corazón.

Tosió, vomitando espumarajos sanguinolentos. Me miró, con ojos dilatados, muy redondos, que acaso no entendían nada. Ni mi actual don de la vista, ni su muerte estúpida, repentina y silenciosa, a manos de un oculto asesino, borrado por la cortina de lluvia, allá a su espalda, lejos de mí...

Yo no podía hacer muchas cosas, porque ni siquiera iba armado. Y bien que lo lamenté en aquellos momentos, pero no había tiempo de rectificar nada. Sólo de intentar salvar mi propio pellejo en peligro.

Me arrojé de bruces al pavimento, dando volteretas bajo la lluvia, buscando la protección relativa de una boca de riego, no lejos de mí. En ésta maullaron dos balas, tras un doble y áspero taponazo del arma silenciosa. Vi destellar, allá en la penumbra, entre la lluvia, dos fogonazos débiles, anaranjados.

No me moví, mientras la silueta borrosa se mantenía erguida en la calleja, frente a mí, a cosa de cien yardas. Demasiada distancia, con tal débil iluminación y tan torrencial aguacero, para vislumbrar, no ya unas facciones humanas, sino ni siquiera los contornos exactos de un cuerpo, aunque fuese para definir el sexo

de mi agresor, el asesino de Gus Dykers, el testigo de mi casa de Jersey.

Su arma era de considerable alcance y potencia. Oí otro «ploc» ahogado, y una bala pasó, rasa, levantando agua de los charcos, hasta hundirse en el pavimento, junto a mi cuerpo tendido e inmóvil. Ni siquiera me moví. Sabía que, de dar señales de vida, mi misterioso adversario en la lluvia, me las borraría todas a tiro limpio.

La aguda voz de Cheryl, la opulenta prima de Gus, llegaba de allá lejos, pidiendo auxilio y llamando a su primo estentóreamente. Confié en que sus gritos sirvieran de algo, y así fue. Sonaron silbatos policiales. Mi adversario no esperó a más.

Le vi huir, calleja adelante, a largas zancadas, perdiéndose bajo la lluvia, mientras en algún punto sonaba una sirena policial. Me incorporé ahora, jugándome el todo por el todo, y corrí en pos del fugitivo.

Era un empeño inútil, lo supe cuando sonó el chasquido de una portezuela al cerrarse, tras desaparecer el tirador en la esquina, y roncarse el motor de un automóvil. Pasó, veloz, un coche oscuro, perdiéndose en la noche, con un largo chirrido de neumáticos en el mojado asfalto.

—Escapó —me dije con ira, deteniéndome junto al caído Gus Dykers.

Le volví, contemplando su rostro crispado, lívido, sangrante. Una bala había penetrado por su, ojo derecho. El espectáculo era tan horrible como debió serlo el de mi esposa, muerta de un disparo en su rostro, quizá por el mismo asesino de Dykers, el testigo perjurado...

Gus no había muerto. Era virtualmente un cadáver ya, pero aún llegó a reconocermme, con su único ojo ileso, desorbitado. Me aferré, manchándome de sangre mis ropas, y le oí balbucear, entre estertores de sanguinolenta espuma:

—Señor... Grant... Usted... no... es ciego, Entonces... yo... su esposa... Entonces... su esposa Maisie... el cadáver... el crimen... y... y... Rit... Ritter.

Vomitó sangre en abundancia. Sangre cuajada, espuma roja, fragmentos de su propia vida en evasión definitiva...

Dejé caer su cuerpo, sintiendo un frío glacial en mi espina

dorsal.

—Ritter... —repetí sordamente—. ¡Mi socio...!

Me incorporé, sobresaltado. Por un extremo de la calleja, asomaban luces de dos faros de coche. Con ulular de sirena y silbatos policiales.

Al lado opuesto, otro coche, una figura a la carrera, un grito ronco y de alarma:

—¡Lester, pronto! ¡Viene la policía...! ¡Si te capturasen, no sé cómo explicarías esto!

—Lorna... —susurré, preocupado. Miré el cuerpo sin vida de Dykers, mis ropas ensangrentadas, los policías recortándose contra los discos de luz de los faros, corriendo hacia mí. Y comprendí lo que ella quería decir. Asentí, angustiado—. Sí, sí... ¡Lorna, hay que huir de aquí enseguida!

—¡Vamos, vamos, pronto! —me apremió ella, con angustia—. ¡Ven hacia acá...!

Fui hacia ella. No tenía otra evasión posible. Alguien nos dio estérilmente el alto, alguien disparó estruendosamente al aire, sin silenciador. No nos detuvimos por eso. Lorna y yo corrimos como nunca, hacia el automóvil de segunda mano.

Luego, nos lanzamos en una fuga vertiginosa, perseguidos por los coches-patrulla de la policía de Medford.

—No nos alcanzaron, después de todo...

—No, no lo hicieron —suspiré hondo. Luego, golpeé el periódico con ira—. ¿Y de qué ha servido, después de todo, Lorna?

—Bueno, aún gozamos de libertad... Estamos aquí, en este coche, en este sendero vecinal, lejos de todo lugar habitado...

Miré, ceñudo, realmente furioso, al exterior nublado, plomizo, triste incluso. Bajo los neumáticos de nuestro automóvil, aparcado entre matorrales, en aquel paraje nada frecuentado del interior de New Jersey, la carretera secundaria era un perfecto lodazal.

—Libertad... —Gruñí—. ¿Por cuánto tiempo, Lorna, con estos titulares y esas fotografías en los periódicos?

Ella no contestó a eso. Posiblemente se le ocurrió algo, pero optó por no decirlo, e hizo bien. Fuese lo que fuese, no podía resultar demasiado optimista.

Volví a leer, ceñudo, los titulares de aquella edición matinal del *News*, sobre mis dos nítidas, excelentes y bien detalladas fotografías,

una de mi época anterior al accidente, y otra de invidente, tomada en mi propia residencia, tiempo atrás.

Podía decirse, sin temor a exagerar, que yo me había convertido en un tipo famoso, de la noche a la mañana. Pero mi fama no era como para hacer palidecer de envidia a nadie. Bastaba leer aquellos malditos titulares para comprenderlo:

«¡Millonario asesino en libertad!

»Lester Grant, acusado del asesinato de su esposa, escapa y asesina también al único testigo de su crimen, el jardinero Gus Dykers, en Medford.

»Cheryl Dykers, prima de la víctima, identifica por fotografías al criminal, y asegura que no está ciego, como se suponía hasta hoy».

Luego, en páginas de última hora, un interrogante se le abría al lector:

«¿Fue operado de sus ojos el presunto asesino hace algún tiempo, sin que revelara a nadie tal hecho? La policía trata de averiguar si esto fue lo que sucedió en el caso Grant».

Tiré el periódico con ira, y encendí un cigarrillo. Fumé poco de él. Grave, pensativa, Lorna me lo quitó de los labios, llevándolo a su propia boca.

—Estamos en apuros —admitió—. Pero no sólo nosotros, Lester.

—¿Qué quieres decir? —La miré, ceñudo.

—Creo que hay alguien más en apuros.

—¿Quién?

—El asesino.

—El asesino... Dykers acusó a Ritter, evidentemente. A mi socio, Marty Ritter.

—Sea él o sea otro, está en problemas. Por eso fue a Medford. Y mató a Dykers. Tenía miedo de que alguien le hiciera decir la verdad, confesar lo que sabía...

—Extraña coincidencia. Llegó antes a Dykers. Y se anticipó. ¿Pudiste verle bien en el callejón, hacerte una idea de su aspecto? ¿Podía ser Ritter, realmente?

—No podría jurarlo. Vi muy poco. La oscuridad, la lluvia... A veces, no hay tanta diferencia entre ser vidente o invidente, Lorna... —La miré, pensativo—. ¿Dónde estabas tú en ese momento?

—No pude seguir tu carrera. Dykers y tú erais dos gamos. Cuando llegué, todo había terminado ya... —me contempló, con rara fijeza—. ¿O acaso sospechas también «de mí»?

—¡Qué tontería! —Reí entre dientes, malhumorado—. Si en alguien confío, es en ti, Lorna. Sólo me hubiera gustado que tú vieses algo... Ahora ya no hay testimonio contra mí. Pero la policía vio mis ropas ensangrentadas, me vieron huir, dejando el cadáver de Dykers en el callejón, Cheryl me identificó... Ahora, el teniente Vaughan ya no tendrá la menor duda: Lester Grant es el sospechoso ideal, el presunto culpable de dos asesinatos.

—Lester, dices que Dykers acusó a Ritter...

—Sí. Dio a entender que él mató a Maisie. Fue clara su intención.

—¿Por qué haría él una cosa así?

—No sé, no lo entiendo... Ritter es mi socio, pero no hereda nada de mis bienes, ni tan siquiera de mi negocio. Sólo cabe que haya hecho manipulaciones fraudulentas. Ciertamente, nos visitó aquel día, cuando se planeaba mi asesinato... Lo recuerdo muy bien. No le esperaba, y llegó a la casa. Maisie nunca se fió demasiado de él...

—Lester, si Dykers no mintió de nuevo, y no creo que ningún hombre mienta al sentirse morir... Ritter es la clave. La única posibilidad de que demuestres ser inocente de todo lo sucedido.

—¿Qué quieres decir?

—Que igual que buscamos a Dykers, fracasando en parte... ahora hay que buscar a Marty Ritter.

—El estará en guardia, si sabe que yo recuperaré la visión. Y eso es cosa de horas. El teniente Vaughan averiguará lo de Europa, lo del doctor Gessmer... Se hará público, Ritter estará en guardia...

—Aun con todo eso, existe una posibilidad. Debes aprovecharla.

—Recuerda algo, Lorna: Ritter habrá vuelto a Jersey City, si acudió a Medford a matar a Dykers.

—Lo imagino, sí.

—Volver a Jersey City, será demasiado arriesgado...

—Para el invidente Lester Grant, tal vez lo fuese —Lorna me

miró, enérgica, decidida, casi combativa—. Para un hombre que luchó desesperadamente por recuperar la luz de sus ojos, ¿qué importancia puede tener cualquier obstáculo, por difícil que éste sea? Quien ha vencido a la oscuridad, a las sombras... puede vencerlo todo. Sólo necesita tener la misma fe, la misma decisión, la misma inquebrantable energía... Y luchar. Sobre todo, luchar. Contra todo. Contra todos...

La contemplé, admirado. Era una escueta, directa, sencilla lección, la que me daba en este momento Lorna Vincent, mi leal compañera de peripecias. Asentí, frunciendo el ceño.

—Tienes razón —convine, resuelto—. Hay que luchar. Como luché entonces. Esto es menos complicado que buscar una luz casi imposible. Sin embargo, triunfé en eso. ¿Por qué no ir hasta el fin también en esto?

—Desde luego, Lester —me alentó ella, con ojos centelleantes—. Hasta el fin. Sea cuál sea.

—Sea cual sea —corroboré, enfático.

Y, repentinamente, tomé el volante, hice dar media vuelta al coche. Regresamos hacia el norte del Estado de New Jersey. Hacia Jersey City otra vez.

Hacia mi destino de nuevo. Hacia el fin, como decía Lorna. Fuese cual fuese...

CAPÍTULO VIII

Marty Ritter desorbitó sus ojos. Me contempló como a un espectro. Sin dar crédito a lo que veía.

—No... —murmuró—. No es posible. Lester, tú...

—Yo, sí. ¿Acaso crees que vuelvo de ultratumba, Marty? —dije apacible, fríamente.

—No, no es eso... Lester, tú... tú «ves», realmente...

—Claro. Te estoy viendo a ti ahora —sonreí, glacial.

—¡No puede ser! ¡Eras un ciego, un hombre en la oscuridad...!

—En la oscuridad —asentí—. Sí, Marty. Lo era. Ya salí de ella. Veo la luz. Toda la luz. ¿Es eso lo que te asusta tal vez?

—No estoy asustado —rechazó airadamente. Se incorporó, sin separar sus ojos de mí, le seguí el movimiento de su mano derecha, al apoyarse rápida en la mesa de trabajo, no lejos de la gaveta. Él lo observó, y retiró de allí su mano, como si de repente la mesa hubiera quemado—. Es que no puedo creerlo... Es que los médicos afirmaron...

—Al margen de lo que ellos afirmaran, Marty, ésta es la única verdad. Estoy aquí. Te veo. Sabes que eso es cierto. Ahora estamos en igualdad de circunstancias.

—Me hablas extrañamente... Me miras de un modo raro, Lester... —Dio un paso atrás, inquieto—. Como... como si quisieras acusarme de algo...

—¿Hay algo de lo que yo pueda acusarte, Marty?

—¡Qué tontería! —sonrió forzadamente—. Nada en absoluto, Lester, y tú lo sabes. He sido siempre un socio leal, un colaborador honesto en tus negocios... Me alegra que vengas a verme, pero no puedo entender lo que insinúas con tu actitud, con tus palabras, con el modo que tienen de mirarme tus ojos, esos ojos que antes no veían sino sombras...

—Marty Ritter... —dije lentamente, sin desviar de él mi mirada

—. Marty Ritter, ¿qué es lo que has hecho realmente?

—¿Yo? ¿Hacer yo? ¿En qué sentido? —Le vi humedecerse los labios, parpadear rápidamente.

—Bien lo sabes. ¿Por qué disparaste sobre Maisie? ¿Por qué tenía que morir Dykers en Medford? ¿Por qué todo eso, Marty?

—¡Lester! —Palideció intensamente—. Lester, ¿qué estás sugiriendo? ¿De qué horribles cosas pretendes acusarme ahora a mí?

—De lo que Dykers te acusó al morir, Ritter —dije con implacable lentitud—. De ser tú el culpable de todo...

Miró en derredor, como acosado, aunque allí, en su despacho de Jersey City, estaba yo sólo en estos momentos. Su rostro, lívido, descompuesto, era la viva imagen de la desorientación, del miedo, de la incertidumbre.

—Dykers... —gimió—. De modo que es cierto. Mataron a Dykers...

—Bien lo sabes. Has debido venir muy deprisa de Medford, para justificarte, para demostrar que nunca te moviste de aquí...

—¡Y es la pura verdad! —chilló mi socio—. ¡Jamás abandoné Jersey City en este tiempo! ¡He oído decir que mataron a un hombre en Medford, y supuse que sería Dykers! Pero... pero pensé en ti, no en ninguna otra persona...

—Oh, claro —dije con sarcasmo—. Yo, Lester Grant. Yo, el hombre ideal para cometer ese segundo crimen. Si maté a Maisie, ¿por qué no habría de hacer igual con Dykers, que era mi acusador, el único testigo en contra mía, aunque mentía como un bellaco? Todo a la medida para el verdadero asesino: el motivo, la situación... Yo fui en busca de Dykers. ¿Para obtener de él una confesión fidedigna de los hechos? No, ni mucho menos. Para matarle. Para silenciar a un testigo brutalmente. Es lo que afirma la policía. Es lo que a ti te conviene, Marty Ritter. ¡A ti, que eres el culpable de todo, para encubrir tus manejos, tus fraudes y engaños en nuestra sociedad! ¿Cuánto dinero me has robado, para pretender encubrir todo ello con tus crímenes?

—Lester... —jadeó—. Lester, hazme caso. Yo no... yo soy inocente. Juro que nunca manipulé las cuentas, que no te engañé en nada. No hubo fraude en nada... Puedes comprobarlo cuando quieras. Haz venir a expertos del Fisco, que revisen cifra a cifra

todos los datos, todos los documentos...

—Tus protestas de inocencia son tardías y torpes, Ritter —acusé con dureza—. Mientes. Necesitaba saber quién, en mi propia casa, dispuso las cosas para terminar con mi vida, cuando pensó que yo no podía defenderme. Ahora lo sé.

—Es una locura. Nunca probarás nada... —jadeó.

—Te equivocas. Voy a probarlo. Ahora. Tengo el motivo, tengo al culpable. ¿Qué más se puede pedir para convencer a la policía, Ritter? Ya no voy dando palos de ciego por el mundo. Veo mi camino, sé adónde voy... Algo con lo que tú jamás contaste, ciertamente.

—Lester, mira... —Se inclinó sobre la mesa, con mano estremecida—. Quiero que compruebes los libros, que veas claramente que yo no...

Cometí un estúpido error en ese momento. Creí, realmente, que iba a hacer lo que decía, que pensaba mostrarme algo, como una decisiva protesta de inocencia. Lo que hizo Ritter, fue abrir aquella gaveta que ya antes me hiciera sospechar. Hundió la mano y, antes de que yo reaccionase oportunamente, él ya esgrimía la pistola automática, pavonada y fría, provista, además, de un largo tubo silenciador, en el extremo de su cañón.

La alzó contra mí, y quiso dispararla.

En realidad, la disparó. Pero para entonces, yo había reaccionado ya.

La bala silbó junto a mis cabellos, clavándose en alguna parte, a mi espalda. El sordo taponazo producido por la detonación silente, casi me resultó estruendoso, tan cercano fue el disparo.

Yo había aterrado su muñeca derecha, levantando y moviendo la mano armada, justo en el momento de apretar él aquel gatillo. El disparo a quemarropa, se perdió en la pared, sin alcanzarme.

—¡Cerdo, asesino! —rugí, furioso.

—¡No, Lester, por el amor de Dios! —le oí gemir, convulso—. Pero ¿qué locura es todo esto, por qué tuve que actuar así...?

Ahora resultaba cómodo lamentarse. Pensé que, de estar yo muerto, de un balazo en el mismo rostro, como Maisie primero, como Dykers después, él no se quejaría tanto, ni tendría que lamentarse.

Le dirigí un seco impacto al hígado, que le dobló, haciéndole

regular con violencia, al tiempo que emitía una tos espasmódica. Logré torcerle de tal modo la muñeca, que el arma rodó por la moqueta roja oscura, produciendo un sordo impacto.

Marty Ritter, mi socio y amigo, corrió luego, desasiéndose bruscamente de mí, hacia la ventana del fondo. Saltó por su hueco, a la escalera de incendios, haciendo gala de una agilidad pasmosa, nada sorprendente en un hombre enjuto y nervudo como él.

No estaba dispuesto a dejarle ir así. Me incliné, tomando el arma. La empuñé con rabia, me precipité tras él...

—¡Ritter, no escapes! —grité roncamente—. ¡Ritter, no puedes evadirte a la ley, hagas lo que hagas! Debiste matarme, puesto que querías la impunidad definitiva...

Le vi allá abajo, corriendo por los metálicos tramos de la escalera de incendios de aquel edificio destinado a oficinas, cuyas dos últimas plantas ocupaba nuestra sociedad de manufacturas industriales.

Alzó la cabeza, y la luz de las farolas del alumbrado callejero, cosa de siete u ocho plantas más abajo, en la calle trasera, poco frecuentada, de aquel sector comercial de Jersey City, iluminó cruda y extrañamente su rostro descompuesto, su gesto crispado.

Yo no era tampoco torpe ni lento en el descenso de los tramos de la escala de incendios, ahora que mis ojos podían ver el terreno que yo pisaba. De mi antigua lentitud e incertidumbre, no quedaba ya gran cosa. Y eso, sin duda, le impresionó a, él. Casi le asustó, incluso.

—¡Cuidado, Ritter! —grité, al verle perder pie en un tramo metálico.

No pude evitarlo. Marty Ritter, mi socio, el presunto asesino de Maisie y de Dykers, perdió el equilibrio. Gritó, tratando de asirse a algo, sin lograrlo. Su cuerpo fue hacia atrás, sus pies patearon, buscando un escalón firme que no encontró se zambulló en la calle. Al menos cuatro plantas más abajo, le recibió el asfalto húmedo, negro, salpicado de reflejos de la luz de las lechosas farolas de alumbrado público. Cerré los ojos. La brisa fresca y salobre de la bahía de Jersey, me agitó los cabellos, al asomarme, colgado por una mano a la baranda metálica de la escalera de emergencia, cuando busqué con los ojos al desdichado Ritter.

Lo vi allá abajo, junto al bordillo. Un charco de agua de lluvia le

servía para reposar allí su cabeza. El cuerpo era como el de un pelele roto.

En unas ventanas próximas, se asomaban unos curiosos. Habían oído gritar a Ritter. Incluso era probable que le vieran caer... Corrí abajo. Llegué junto a él, traté de moverle.

Un quejido escapó de entre sus labios convulsos. Había sangre en ellos. Parecía ileso, pero yo sabía que no lo estaba. Había sufrido lesiones internas. Y muy graves.

—Ahora te llevaré a un hospital, Ritter —dije.

—Es... inútil... —jadeó. Tuvo un temblor en los labios, una especie de mueca burlona y amarga. Sus ojos brillaron opacamente, al mirarme—. Lester Grant... Realmente... ves de nuevo. Como antes del... del...

—Del accidente, sí —sonreí—. Veo de nuevo, Marty.

—El accidente... —No sé por qué, rió entre dientes, espumeándole estos de rojo—. ¡El accidente...! Pobre necio... Nunca hubo... tal accidente...

—¿Qué quieres decir? —Le miré, repentinamente lívido—. Ritter, tú no... no puedes sugerir que ya entonces... tú...

—Lester, a veces hay justicia allá arriba —miró a lo alto, no supe si al muro donde corría la escalera de incendios, o arriba, mucho más arriba. A las nubes, más allá de las nubes. Añadió ahogadamente—: Sí, hay justicia, después de todo...

—No te fatigues —hablé. Miré a las ventanas iluminadas. Un vecino hablaba por teléfono agitadamente, otro hablaba en voz alta con otros vecinos, señalando a la calle—. En menos de diez minutos estará aquí la ambulancia para recogerte. Si algo has de decir... dilo entonces...

—Lester, no llegaré... a vivir tanto tiempo —jadeó ahogadamente. Tosió, escapando de sus labios los esputos rojos, espesos. Debía estar reventado interiormente. Su palidez era mortal ya—. Lester... tenías que morir aquel día... ¡y sólo quedaste ciego! Fue... el primer fracaso... Un estúpido fracaso...

—¿Quieres decir que... el coche... el choque, la caída...?

—Todo preparado, Lester. Todo dispuesto para borrarle del mundo de los vivos...

—Dios mío... —Cerré los ojos. El sudor goteó de mis pestañas y cejas, pese a que no hacía ningún calor aquella noche húmeda y

desapacible.

—Luego, volvió el fracaso. Era como si tuvieras siete vidas, Lester... El dormitorio, aquella noche... Dykers fracasó rotundamente. Pudiste herirle, costó ocultarle la herida... Luego, el plan cuidadosamente elaborado... La canoa a motor, la bolsa de plástico, la cadena, el peso... ¿Cómo, Lester? ¿Cómo pudiste evadirte de allí... y volver un día... con tus, ojos abiertos a la luz de nuevo?

—No vale la pena contarle, Marty —suspiré—. No ibas a creerlo. Y, sin embargo, por increíble que parezca, todo ello fue cierto, tremendamente cierto... como lo ha sido mi convicción de que uno de vosotros... planeaba mi muerte. Fue a ti a quien oí aquel día, en el cenador del jardín... Hablando con Dykers, ¿no es cierto?

—Sí —me miró turbiamente. En la distancia, ululó un coche-patrulla, acercándose con su estridente sirena en marcha—. Sí, Lester. Todo es cierto. Sólo que... que...

—¿Qué, Marty? —le apremié.

El parecía que iba a decir algo. Y entonces murió. Entonces le vi toser violentamente, vomitando sangre. Se encogió, dilató sus ojos, vidriándosele la mirada, fija en la nada.

Me quedé callado, pensativo junto a él. Me incorporé despacio, con aquella pistola automática en mi mano. Una pistola con silenciador, como la que mató a Dykers. Quizá la misma pistola...

El automóvil apareció en la entrada de la callejuela. En su puerta asomó Lorna Vincent. Contempló la escena, miró mi mano armada. Escuchó, con el ceño fruncido, la aproximación rápida de la sirena policial.

—¡Vamos, Lester! —me apremió—. Debemos irnos de aquí...

—No, Lorna —negué—. Hay que quedarse. El, Ritter... se mató. Cayó de la escalera de incendios, no le maté yo. Confesó. Era cierto todo. Incluso el accidente en que perdí la visión, fue un intento de asesinato...

—Aun así, Lester. Debemos irnos. Si te encuentran aquí, junto a tu socio sin vida, con ese arma en la mano... Recuerda que a Dykers le mataron con un arma así, provista también de silenciador... ¡Lester, por el amor de Dios, no puedes arriesgarte a ser acusado de nuevo!

—¿No lo entiendes? Probaré que Marty cometía fraudes. Se

demostrará que estuvo mezclado en todo... desde un principio.

—No sé si se probará algo. Ritter ha muerto. Tal vez no existan esas pruebas tan fáciles, y la policía prefiera tenerte a ti como responsable. Si él viviera, sería distinto. Así, no posees evidencia. No aún. Espera a ver si Vaughan la halla, tras el fin de Ritter... y tú puedes entonces demostrar tu inocencia. Pero no corras riesgos.

—Lorna, no puedo seguir huyendo. Vinimos aquí en busca de la verdad... y la hallé.

—Pero esa verdad se fue con el que la conocía —señaló al muerto—. ¡Vamos, o será demasiado tarde! Más tranquila, más serenamente, veremos lo que conviene hacer... Ven, habrá que salir pronto de esta zona...

Me convenció, no sé por qué. Subí al coche. Lorna cerró la portezuela, conduciendo rápida, virando para enfilar la calle inmediata, a toda velocidad. Miré atrás, donde se quedaba solo el cadáver de Marty Ritter. Me pareció cobarde huir ahora.

—Confesó todo... —dije, pensativo, mirando a las calles que cruzábamos vertiginosamente—. Él lo confesó todo, Lorna. Era culpable...

—No tuve ninguna duda, cuando me contaste lo que dijo Dykers, pero ¿por qué mató a Maisie, tu mujer?

—No sé... —suspiré—. Eso no llegó él a decirlo. Tal vez era un testigo molesto...

—Tenía que serlo, no hay duda —me miró extrañamente Lorna, sin abandonar el volante, conduciendo con destreza por las calles de Jersey City—. Pero para ser un testigo molesto, tenía demasiada confianza con tu socio, ¿no crees?

—¿Maisie? —Enarqué las cejas—. Oh, no. Ya te dije que no le fue nunca particularmente simpático...

—Es raro —dijo Lorna, con suave ironía.

—¿Raro? ¿El qué?

—Esa antipatía que tú mencionas. Cuando una persona le es antipática a una mujer, no es lo normal visitarla con frecuencia... especialmente al anochecer...

—¡Lorna! ¿Qué estás diciendo? —me sorprendí.

—Acabo de hablar con el conserje y telefonista del edificio donde tu socio poseía las oficinas y tú tu empresa. Mientras hablabas con Ritter, yo lo hacía con ese conserje y le daba una

buena propina, dándole a entender que era la nueva amiguita de Marty Ritter...

—¿Qué dices?

—De ese modo supe que él siempre recibió a una dama muy joven y atractiva... Una dama que no daba su nombre, pero a quien el conserje conocía bien. Y esa dama era...

—Maisie Grant —dijo la voz junto a mi oído—. Perfecto, señorita Vincent. Siga adelante, sin intentar ninguna tontería. No crean que vacilaré en disparar contra ambos, si es preciso.

Me volví, horrorizado. Los cabellos de mi nuca se erizaron. Vi la pistola automática, pavonada, gemela de la obtenida de Ritter, en aquella mano enguantada, junto a mi sien y la de Lorna.

Vi los ojos azules y fríos. Vi el rostro harto conocido, como una visión de ultratumba. Y grité su nombre:

—¡MAISIE...! ¡Tú...!

CAPÍTULO IX

—Sí, Lester —suspiró Lorna Vincent con amargura y resignación—. Maisie. Tu esposa...

—Pero... pero Maisie, tú... ¡Tú has muerto, fuiste asesinada! —grité roncamente.

—Y tú eras ciego —sonrió ella glacialmente, mirándome con absoluta ausencia de sentimentalismos—. ¿Lo recuerdas, amor?

—Es diferente... —murmuré—. Unos ojos se operan, se pueden curar, si la lesión no es irremediable y no destruyó el nervio óptico. Pero... pero una vida...

—Nadie vuelve del Más Allá, Lester —dijo Lorna con sarcasmo—. Maisie nunca estuvo muerta realmente.

—Una chica inteligente tu amigueta, Lester —ponderó Maisie Grant, mi esposa, apoyada en el respaldo del asiento, agazapada aún en la parte posterior del coche, con su maldita arma muy cerca de nosotros. Dispuesta a utilizarla, sin la menor duda—. Ella tiene razón. Parece que la tiene en todo. Acertó cuando dijo que visitaba con frecuencia a Marty Ritter. Acierta ahora, al afirmar que nunca estuve muerta.

—¿Eras... eras su... amante? —susurré.

—Llámalo como quieras —se encogió de hombros—. Pero no creas que soy un personaje patético, de novela amorosa. No, Lester. No va conmigo. Ritter ha muerto, lo sé. No sé lo que te contaría, pero veo que me fue fiel. No declaró mi papel en todo el juego. ¡Pobre necio! ¡Un buen instrumento para una mujer inteligente y ambiciosa como yo...!

—De modo que eras tú quien estabas detrás de todo —murmuré—. Hubo un error por mi parte. No eran «dos» cómplices, sino «tres». Ahora recuerdo lo que dijo Dykers... Habló de ti, de tu «cadáver»... y de Ritter. Eso tiene sentido ahora...

—Claro. Colaboraron ambos. En todo. Ritter no quería hacerlo

solo. Ya habíamos planeado deshacernos de él, aunque tuve que ser yo quien acudiera a Medford a liquidar a ese desdichado jardinero estúpido... Ritter tenía miedo. Era demasiado cobarde para ciertos trabajos que requieren frialdad, dominio de uno mismo...

—Todo por dinero, estoy seguro —gemí—. Dinero... Lo del coche accidentado... Debiste alterar los frenos... Esperabas que me matase y sobreviví... ciego. Un mal golpe, Maisie...

—Admito que lo fue. No sólo debía soportarte aún, sino soportarte como un inválido. Era demasiado. Fingí buscar la separación legal, pero era sólo una coartada. Mi idea era que dejaras de existir. Muerto, valías mucho. Toda tu fortuna. Sin hijos, sin parientes directos, excepto yo... Algún legado para tu sobrina y tu primo. Todo para mí. Yo, rica, libre, dueña de mi destino... Todo, a cambio de la vida de un hombre al que no amaba.

—¿Amas a alguien realmente? —me quejé, con acritud.

—No —rió suavemente ella—. Sólo a mí misma.

—Aquel día... fue idea tuya quedarte a solas conmigo en la casa... —recordé.

—Sí, amor.

—Por sí sobrevivía de nuevo... creaste... creaste una farsa. Ruidos, gritos, caída...

—Eso es. Todo mentira. Una perfecta escena para un invidente. Un drama puramente sonoro y ficticio...

—Pero hubo un cadáver, Maisie. El tuyo...

—Mi cadáver... —soltó una seca carcajada—. Oh, Lester... Una mujer rubia, de cabello levemente oscuro, de ojos azules, de estatura media, esbelta, vulgar en apariencia... Cualquiera chica podría hacer ese papel. Encontré quien lo hiciese. Una pobre chica, una vulgar ramera de lujo, de Jersey City. Está en la lista de mujeres desaparecidas sin dejar rastro. Pero nadie se preocupa nunca demasiado por esa clase de chicas. Un par de disparos en la cabeza, uno de ellos en pleno rostro, a quemarropa... ¿Imaginas sus efectos? Une a eso mis ropas; un traje mío, mis zapatos, mis medias, unas joyas mías, aparecer en mi casa... Ritter que identifica en primer lugar el cuerpo, luego Dykers... y, naturalmente, todos siguen el ejemplo por pura inercia. La policía no investiga a fondo. Ni huellas ni nada de eso, ¿para qué, si es identificada por todos?

—¿Y qué ganabas con... con un espantoso crimen inútil,

llevando a esa pobre chica a un sacrificio monstruoso, fingiendo haber muerto tú?

—Tu desaparición y muerte, no se relacionaría jamás con tu heredera legal, Maisie Grant. Oficialmente, estaba muerta. Hasta que, naturalmente, reapareciese, llena de vida, a por mi dinero, aunque, eso sí, llorando, protestando por lo cruel del destino...

—¿Cómo justificar, entonces, tu... tu «resurrección»?

—Nada difícil, querido. Como la justificaré en su día. Reaparezco, tras escapar de unos secuestradores unidos a los que te asesinaron a ti... Una compinche suya me despojó de todo, debió suplantarme, y por alguna razón la asesinaron sus propios cómplices... Yo nada sé de todo eso. Yo vivo. Yo tengo mis derechos. Ya no pueden sospechar de mí... Un juego difícil y astuto, amor.

—Un juego en el que Lester y yo no entramos, claro —dijo Lorna, fríamente.

—Con vida, desde luego, no —convino ella glacialmente.

Lorna y yo nos cambiamos una mirada rápida, aguda. La entendí. Y me entendió.

—¿Vas a tener suficiente valor para asesinarnos? —pregunté a mi esposa Maisie.

—Puedes estar seguro de ello. Sin tu cadáver, no hay herencia. Sin tu muerte, no hay botín para Maisie Grant. Lorna Vincent es un testigo molesto. Debe reunirse contigo. Ahora todo será más convincente. Vosotros creísteis matarme entonces. Yo escapé, aterrorizada, ocultándome a vosotros, mis fallidos asesinos. Tú y tu amante... Culpables, Lester. El juego gana valor así. Yo soy la pobre víctima inocente. Y obtengo el premio a tanto sufrimiento y angustia, perseguida por mi cruel esposo, que fingía ser ciego sin serlo... Hermosa historia, ¿no?

—Muy hermosa —aprobó Lorna—. Pero si dispara ahora, puede morir con nosotros, en este coche...

—Ciertamente, no —rechazó ella, riendo. Una de sus manos accionó una portezuela—. En cuanto dispare, saltaré del coche, gritando en demanda de auxilio... Os estrellaréis. Verán vuestros cuerpos en el vehículo destrozado. Los disparos, el arma... Creerán que hubo lucha entre vosotros dos, un homicidio, un suicidio... El fin de un tumultuoso y culpable idilio entre dos criminales

pasionales... Yo confirmaré esa fácil teoría, entre sollozos...

Tenía abierta en parte la portezuela, para saltar. Lorna miraba ante sí, a la calle por la que rodábamos a considerable velocidad.

—Una gran imaginación, señora —dijo fríamente ella. Me miró de nuevo—. ¿Qué piensas tú, Lester?

—Lo mismo que tú...

Lorna hundió el pie en el acelerador. A la vez, dio media vuelta brusca al volante. Se inclinó sobre la rueda del volante, y yo me tiré de bruces contra el parabrisas, saltando de costado.

El arma disparó, haciendo un boquete en el mismo parabrisas. Luego, la portezuela cedió totalmente. El cuerpo de Maisie brincó al exterior, dio volteretas en el asfalto, lo arrolló una furgoneta, en medio de los gritos de la multitud, del chirrido de frenos del vehículo...

Lorna detuvo el coche, con un suspiro, muy hábilmente, aunque sin poder evitar saltar el bordillo de la acera y arrancar un indicador de tráfico.

—Fin —dijo roncamente, mirándome con ojos muy abiertos—. Todo acabó, Lester...

—Sí —dijo con alivio, mirándola—. Todo acabó ya, Lorna...

Oprimí con calor, con gratitud, su mano firme, ahora temblorosa y fría. Su maniobra suicida había sido providencial para ambos. Salté del coche, corrí adonde cayera Maisie, siendo arrollada.

—Había sangre en el asfalto. Maisie se agitaba junto a las ruedas que pasaron sobre ella. Un par de agentes acudieron hacia mí. Esperé, sereno. Miré a Maisie. Ella también me miró a mí desde el suelo. En sus ojos había dolor, ira, fracaso, pero no remordimiento ni pesar.

Viviría aún, aunque no mucho. Esperé que fuese lo suficiente para que el teniente Vaughan conociera toda la verdad...

Sí, vivió lo suficiente.

Maisie Grant falleció oficialmente a las tres y veinte de la madrugada. Esta vez sin lugar a dudas. Su segundo y real fallecimiento, en una habitación del Medical Center.

Le costó confesar. Pero lo hizo. El teniente Vaughan me informó de ello poco después, con gesto sombrío.

—Lo hizo, Lester —me dijo—. Pero no fue fácil. No quería hacer nada por usted. Al final, debió ver venir la oscuridad de la muerte,

y tuvo miedo. Confesó. No hubo en ella arrepentimiento alguno. Sólo ira por su fracaso.

—No era una heroína de novela rosa, ciertamente —admití con dolor—. A pesar de todo, es digna de compasión. Pobre Maisie...

—Eso resulta relativo —se encogió cansadamente de hombros—. Siento haberle molestado tanto, Lester. Debí comprender que usted era inocente.

—A veces no es sencillo comprender la verdad, teniente. No se disculpe. Lo importante es que ya todo terminó...

—Sí, todo —suspiró, sacudiendo la cabeza—. Esa chica amiga suya...

—¿Lorna Vincent?

—Sí, Lorna Vincent... Está tomando un café en el bar del hospital. Vaya a reunirse con ella, Lester. Está muy sola, es tarde, han pasado muy malos días últimamente...

—Creí que querría retenerme aquí.

—No. Hablaremos más tarde. Vaya ahora con esa joven. Ella se lo merece.

—Sí, se lo merece —asentí—. De no ser por ella...

—Hablen ustedes dos de todo eso —bostezó el policía—. Yo debo redactar un informe urgente. Hasta luego, Lester. Y si piensa casarse alguna vez nuevamente... elija mejor que antes.

—Creo que ya elegí, teniente —sonreí, echando a andar corredor abajo.

—Sí, creo que sí. Le deseo suerte, amigo mío...

Le saludé con un gesto. Me alejé. Lorna me esperaba. Lorna no merecía estar sola. Ni ahora, ni nunca.

Caminé. Con la luz brillando en el pasillo. En mis ojos. En mi mente.

Lejos de todo lo pasado. Lejos de las sombras. Lejos de lo oscuro de mi vida.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Medida marina, equivalente a una milla marina por hora, siendo esta de 1.850 metros, aproximadamente. < <